

LAS ALEGRES CASADAS DE WINDSOR

De: W. Shakespear:

PERSONAJES

SIR JUAN FALSTAFF	BARDOLF .....	Acompañantes
FENTON, caballero joven	PISTOL .....	de
SHALLOW, juez rural	NYM .....	Falstaff
SLENDER, sobrino de Shallow.	ROBIN, paje de Falstaff	
FORD... Dos caballeros resi-	SIMPLE, criado de Slender	
PAGE... dentes en Windsor	RUGBY, criado del Dr. Caius	
GUILLERMO PAGE, mancebo, hijo	MISTRESS FORD	
de Page	MISTRESS PAGE.	
SIR HUGO EVANS, cura galés	ANA PAGE, su hija en amores	
DOCTOR CAIUS, médico francés	con Fenton	
HOSTELERO de la Posada de	MISTRESS QUICKLY, ama de llaves	
la Jarretera	del doctor Caius	
	Criados de Page, Ford, etc.	

Escena: Windsor y sus alrededores.

ACTO PRIMERO

Escena Primera

Windsor. -Frente a la casa de Page

Entran el juez Shallow, Slender y Sir Hugo Evans

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMLIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

SHALLOW: Sir Hugo, no me hagáis desistir; quiero llevar el asunto a la Cámara Estrellada; veinte sir Juanes Falstaff que hubiera, no abusarían de Roberto Shallow, escudero.

SLENDER: Juez de paz del condado de Gloster y coram.

SHALLOW: Sí, sobrino de Slender, y custalorum.

SLENDER: Sí, y también rato-lorum, e hidalgo nato, padre cura; que se firma armígero en todos los actos, notas, recibos, mandatos y obligaciones: armígero,

SHALLOW: Sí que lo hacemos, y lo venimos haciendo siempre desde los últimos trescientos años.

SLENDER: Lo han hecho todos los sucesores que le precedieron, y podrán hacerlo cuantos antepasados vengan tras él; unos y otros pueden exhibir los doce lucios blancos en su cota de armas..

SHALLOW: Que es una antigua cota de armas.

EVANS: Los doce piojos blancos sientan bien en una antigua cota de armas; se avienen bien, passant; son animales familiares al hombre y muestra amor.

SHALLOW: El lucio es pescado fresco; lo rancio es lo que ha de hallarse en la cota de armas.

SLENDER: ¿Puedo hacer tercio en vuestro escudo, tío?

SHALLOW: Podéis, si os casáis.

EVANS: Entrando en tercio, no podrá hacer sino un mal tercio.

SHALLOW: De ninguna manera.

EVANS: Por la Virgen, que sí; si toma un tercio de vuestro escudo de armas, no quedarán, a mi humilde juicio, sino los otros tercios para vos; pero todo es uno y lo mismo. Si sir Juan Falstaff ha cometido algún desacato contra vos, miembro soy de la Iglesia, y me consideraré dichoso en hacer mediar agravios y desavenencias entre ambos.

SHALLOW: El Consejo decidirá; es un sublevado.

EVANS: No incumbe al Consejo decidir sobre una sublevación. En las sublevaciones no hay temor de Dios. El Consejo, bien lo sabéis, preferirá oír hablar de temor de Dios, y no de una sublevación. Considerad est

2/mayo/06 JCS

108 2/61

mdkrr ca.

... que sirvan los amigos de espada y terminen esto; y, además, se me ocurre una cosa, que, afortunadamente, será de ventajosos resultados. Contamos con Ana Page, la hija de maese Page, que es una hermosa doncella.

- SLENDER: ¿La señorita Ana Page? Tiene los cabellos castaños y habla tímidamente, como cumple a una mujer.
- EVANS: Es la persona más deseable del mundo, y con setecientas libras esterlinas en metálico oro y plata, legadas en su lecho de muerte por su abuelo, que Dios le conceda una feliz resurrección, para cuando cumpla los diecisiete años. Sería un excelente proyecto dejar vuestros dimes y diretes y arreglar el matrimonio entre el señor Abrahán y la señorita Ana Page.
- SHALLOW: ¿Le dejó su abuelo setecientas libras?
- EVANS: Sí, y más todavía le dejará su padre.
- SHALLOW: Conozco a la mocita; tiene buenas prendas.
- EVANS: Setecientas libras y la posibilidad de heredar más, son buenas prendas
- SHALLOW: Bien; veremos al digno maese Page. ¿Está ahí Falstall?
- EVANS: ¿Habré de mentirosos? Desprecio al mentiroso como desprecio al hombre falso o al que no es sincero. El caballero sir Juan está allí, y os suplico que os dejéis guiar por los que os quieren bien. Voy a llamar a la puerta y a preguntar por el señor Page. (Llama.) ¡Eh! ¡Hola! ¡Dios bendiga vuestra morada!
- PAGE: (Dentro.) ¿Quién es?
- EVANS: Aquí están, con la bendición de Dios, vuestro amigo el juez Shallow y el joven Slender, que quizá os cuente algún que otro cuento si las cosas salen a vuestro gusto.
- Entra PAGE
- PAGE: Me alegro de hallar bien a vuestras señorías. Os doy las gracias por el venado que me habéis remitido, maese Shallow.
- SHALLOW: Maese Page, me congratulo de veros. ¡Huélguese vuestro buen corazón! Hubiera querido que fuera mejor aquel venado; llevo mala suerte. ¿Cómo está la buena mistress Page?... Y os quedo por siempre agradecido con todo mi corazón, ¡así!, con todo mi corazón.
- PAGE: Gracias, señor.
- SHALLOW: Gracias a vos, señor. Por sí y por no, gracias.
- PAGE: Me alegro de veros, querido señor Slender.
- SLENDER: ¿Cómo está vuestro lebrél leonado, señor? He oído decir que fue rechazado en Cotsale.
- PAGE: La cosa no pudo juzgarse, señor.
- SLENDER: ¡No queréis confesarlo, no queréis confesarlo!
- SHALLOW: Ni lo confesará; tenéis vos la culpa. Es un excelente perro.
- PAGE: Un mastín, señor.
- SHALLOW: Un buen perro, señor, un hermoso perro. ¿Se puede decir más? Es bueno y hermoso. ¿Está aquí sir Juan Falstaff?
- PAGE: Adentro está, señor, y quisiera poder servirlos de medianero.
- EVANS: Eso es hablar como debe un cristiano.
- SHALLOW: Me ha ofendido, señor Page.
- PAGE: Señor, en cierto modo lo reconoce.
- SHALLOW: Si lo reconoce, no lo repara. ¿No es así, señor Page? Me ha ofendido en una palabra, me ha ofendido... Creedme, Roberto Shallow, escudero lo dice: "¡Ha sido ofendido!"
- PAGE: Aquí viene sir Juan.

Entran SIR JUAN FALSTAFF, BARDOLF, NYM Y PISTOL.

- FLASTAFF: ¿Qué hay, señor Shallow? ¿Vais a quejaros de mí al rey?
- SHALLOW: Caballero, habéis golpeado a mi gente, matado a mi gente, matado a mi ciervo y allanado mi domicilio.

- FALSTAFF: Pero no he besado a la hija de vuestro guarda.
- SHALLOW: ¡Bah, me importa un pito! Responderéis de todo.
- FALSTAFF: Voy a responder inmediatamente- He hecho lo que decís. Ya está respondido.
- SHALLOW: El Consejo entenderá de eso.
- FALSTAFF: Mejor sería para vos que el Consejo no entendiera de nada. Se reirían de vos.
- EVANS: Pauca verba, sir Juan; buenas palabras.
- FALSTAFF: ¡Buenas palabras! ¡Buenas coles! Slender, os he roto la cabeza. ¿Qué tenéis que alegar contra mí?
- SLENDER: A fe, señor, que tengo en mi cabeza alegatos contra vos y vuestros miserables estafadores Bardolf, Nym y Pisto. Me condujeron a la taberna, me emborracharon y luego me vaciaron la bolsa.
- BARDOLF: ¿A vos, queso de Banbury?
- SLENDER: Sí; no se trata de eso.
- PISTOL: ¡Muy bien, Mefistófilus!
- SLENDER: Sí; no se trata de eso.
- NYM: ¡Tajémosle, dijo! Pauca, pauca... ¡Tajémosle! Ese es mi "humor".
- SLENDER: ¿Dónde está Simple, mi criado? ¿Podéis decírmelo, tío?
- EVANS: ¡Silencio, os ruego! Entendámonos. Hay tres árbitros en esta cuestión, a mi entender, que son: el señor Page, fidelicet, el señor Page yo mismo, fidelicet, el señor Page; yo mismo, fidelicet, yo, y por fin y remate, el tercero, mi hostelero de la Jarretera.
- PAGE: Los tres podemos discutir el asunto y que lo arreglen entre ellos.
- EVANS: ¡Qué me place! Lo apuntaré en mi libro de notas, y después nos ocuparemos del asunto con toda la discreción que nos sea posible.
- FALSTAFF: ¡Pistol!
- PISTOL: Soy todo orejas.
- EVANS: ¡Por el diablo y su madre! ¿Qué frase es esa: "Soy todo orejas"? ¡Cómo! Eso es afectación.
- FALSTAFF: Pistol, ¿robaste la bolsa a maese Slender?
- SLENDER: Sí, por vida de estos guantes, que lo hizo..., o, que, de lo contrario no vuelva yo a poner los pies en mi salón... Llevóseme siete monedas de a cuatro peniques y dos tablillas Eduardo para jugar al tejo, que me habían costado dos chelines y dos peniques cada una en casa de Mil Millet. ¡Por estos guantes!
- FALSTAFF: ¿Es verdad eso, Pistol?
- EVANS: No, es falso, si lo califica de ratería.
- PISTOL: ¡Ah, forastero de la montaña!... Sir Juan, amo mío, reto a combate a este estoque de hojalata. ¡Hez y escoria, en tus labios está la mentira! ¡Embustero, fango y espuma,, mientes!
- SLENDER: Por estos guantes, que entonces fue aquel.
- NYM: Andad con cuidado, señor, y dejaos de bromas. Quiero decir que "quien toca, moja", si os empeñáis en irritar mi "humor". Conque ya lo sabéis.
- SLENDER: Por este sombrero, entonces fue aquel de la cara colorada, porque, aunque no puedo acordarme de lo que hice cuando me tuviste ebrio, todavía no soy un asno.
- FALSTAFF: ¿Qué decís, Escarlata, y vos, Juan?
- BARDOLF: Pues, por mi parte, señor, digo que el caballero bebió hasta perder sus cinco sentimientos.
- EVANS: ¡Sus cinco sentidos se dice! ¡Jesús, qué ignorancia!
- BARDOLF: Y estando curda, señor, fue como dicen, desvalijado; y con este final terminó el cuento.
- SLENDER: Sí, y hablabais también en latín; pero no importa. Jamás me embriagaré en adelante sino en honrada y buena compañía, a causa de este accidente. Si me emborracho, lo será con gentes que tengan temor de Dios, y no con ebrios bribones.
- EVANS: Así Dios me juzgue, como ese es un sentimiento virtuoso.

FALSTAFF: ¡Ya habéis oído que todos esos cargos han sido negados, caballeros, ya lo habéis oído!

Entra ANA PAGE, trayendo vino, seguida de MISTRES FORD y MISTRES PAGE.

PAGE: No, hija, llévate el vino. Bebamos dentro. (Sale ANA PAGE.)

SLENDER: ¡Oh cielo! Esta es la señora Ana Page.

PAGE: ¿Qué hay, señora Ford?

FALSTAFF: Señora Ford, por vida mía, bien venida seáis. Con vuestro permiso, buena señora... (La besa.)

PAGE: Esposa, da la bienvenida a estos caballeros. Venid, tenemos para comer un pastel de venado, calentito; vamos, señores, espero que hemos de ahogar en el vino todo resentimiento. (Salen todos, menos SHALLOW, Slender y Evans.)

SLENDER: Daría ahora cuarenta chelines por tener aquí mi libro de canciones y sonetos.

Entra Simple.

¡Hola Simple! ¿Dónde has estado? Es menester que me sirva yo mismo, ¿no? ¿Llevas encima el Libro de los enigmas? ¿Lo llevas?

SIMPLE: ¡El Libro de los enigmas!... ¿Pues no lo prestateis a Alicia Pocapasta, en la fiesta última de Todos los Santos, quince días antes de San Miguel?

SHALLOW: Vamos, sobrino; vamos, sobrino, os estamos aguardando. Una palabra con vos, sobrino. Es esto, ¡pardiez!, sobrino. Hay, como quien dice una proposición, una especie de proposición, lanzada de lejos por por sir Hugo, aquí presente. ¿Me entendéis?

SLENDER: Sí, señor; me halláis juicioso. Si ha de ser así, haré lo que reclama la razón.

SHALLOW: Bien, pero entendedme.

SLENDER: Entendido, señor.

EVANS: Prestad oído a sus consejos, señor Slender. Ya os explicaré el asunto, si os consideráis capaz de acometerlo.

SLENDER: No, haré lo que me diga mi tío. Os ruego me perdonéis; él es juez de paz en su condado, aunque yo no sea aquí sino un cualquiera.

EVANS: Pero ¡si no es esa la cuestión! Se trata de lo concerniente a vuestro casamiento.

SHALLOW: Sí, ese es el punto vital, señor.

EVANS: ¡Pardiez que sí! El verdadero punto de la cosa; la señorita Ana Page.

SLENDER: Pues, siendo así, estoy dispuesto a casarme con ella en debida forma.

EVANS: Pero ¿sentís afecto por la mujer? Sepámoslo de vuestra boca o de vuestros labios; porque diversos filósofos pretenden que los labios son una parte de la boca. Por tanto, con toda precisión, ¿podéis inclinar vuestra buena voluntad hacia la doncella?

SHALLOW: Sobrino. Abrahán Slender, ¿podéis amarla?

SLENDER: Así lo espero, señor. Haré lo que conviene a un hombre razonable.

EVANS: ¡No, por los santos de Dios y sus esposas! Debéis decir positivamente si creéis poder fijar en ella vuestros deseos.

SHALLOW: Tenéis que hacerlo. ¿Queréis, siendo buena la dote, casaros con ella?

SLENDER: Por complaceros, tío, haré cosas más difíciles que esa en cualquier sentido.

SHALLOW: No, comprendedme, comprendedme, amable sobrino. Lo que hago es por vuestro bien, sobrino. ¿Podéis amar a la doncella?

SLENDER: La tomaré por esposa, señor, a petición vuestra; que si al principio no es grande el amor, con el favor del Cielo podrá disminuir cuando, después de casados, nos conozcamos mejor el uno al otro. Espero que con la familiaridad crecerá la antipatía; pero si decis "casaos con ella", con ella me casaré; y ello estoy francamente disuelto y disolutamente.

EVANS: Es una contestación muy discreta, salvo la falta en el vocablo. "disolutamente", la palabra quiere decir de acuerdo con su significado, resuelticamente. El sentido, no obstante, es bueno.

SHALLOW: Sí creo que fue buena la intención de mi sobrino.

SLENDER: Y si no, que me ahorquen, vaya!

SHALLOW: Aquí viene la hermosa señorita Ana.

Vuelve a entrar ANA PAGE.

Quisiera, por vos volver a ser joven, señorita Ana.

ANA: La comida está en la mesa. Mi padre desea que vuestras señorías le acompañen.

SHALLOW: Estoy a sus órdenes, bella, señorita Ana.

EVANS: ¡La voluntad de Dios sea bendecida! No quiero faltar a la gracia. (Salen SHALLOW y EVANS.)

ANA: Señor, ¿se digna venir vuestra señoría?

SLENDER: No, por cierto; os lo agradezco cordialmente. Estoy muy bien aquí.

ANA: La comida os espera, señor...

SLENDER: No tengo apetito; gracias... ¡Anda, pícaro; por más que seas mi criado ve a servir a mi tío Shallow! (Sale SIMPLE) Un juez de paz puede en alguna ocasión aceptar los servicios del lacayo de su sobrino. No tengo a mi servicio más que tres criados y un muchacho, hasta que muera mi madre; pero ¿qué importa? Sin embargo, vivo como un hidalgo de humilde cuna.

ANA: No marcharé adentro sin vuestra señoría. No se sentarán a la mesa hasta que lleguéis.

SLENDER: No comeré nada, lo juro; pero os lo agradezco tanto como si comiera.

ANA: Os suplico, señor, que entréis.

SLENDER: Prefiero pasear por aquí; os doy las gracias. El otro día me lastimé la barba jugando a la esgrima, con espada y daga, con un maestro de armas. Tres asaltos por un plato de ciruelas cocidas...; y, por mi honor, desde entonces no puedo sufrir el olor de las viandas calientes. ¿Por qué ladran tanto vuestros perros? ¿Hay osos en la ciudad?

ANA: Me parece que sí, señor; he oído hablar de ellos.

SLENDER: Me agrada mucho ese deporte; pero me enfada tanto como al que más de Inglaterra. Os intimidará ver un oso suelto, ¿no es verdad?

ANA: Sí, verdaderamente, señor.

SLENDER: Eso es para mí ahora como comer y beber. Veinte veces he visto suelto al oso Sackerson y lo he cogido de la cadena; pero os garantizo que las mujeres, han gritado y chillado tanto, que sobrepasa lo imaginable; y es que, en verdad, las mujeres no pueden sufrirlos. Son cosas muy rudas y de mala presencia.

Vuelve a entrar PAGE

PAGE: Vamos, querido señor Slender, vamos. Os estamos aguardando.

SLENDER: No quiero tomar nada, señor, os lo agradezco.

PAGE: ¡Por el gallo y la urraca, la elección no es dudosa, señor! Venid, venid.

SLENDER: No, os lo ruego; pasad adelante.

PAGE: Vamos, señor.

SLENDER: Señorita Ana, id vos primero.

ANA: Yo no, señor; os suplico que avancéis.

SLENDER: Con toda certeza, que no pasaré primero; ¡con toda certeza, vaya! No cometeré esa descortesía.

ANA: Os lo ruego, señor.

SLENDER: Prefiero ser descortés a importuno. Os agraviáis a vos misma, en verdad, ¡vaya! (Salen.)

## ESCENA II

El mismo lugar

Entran SIR HUGO EVANS y SIMPLE

- EVANS: Id y preguntad por la casa del doctor Caius, que se halla en el camino. Allí vive una señora llamada Quickly, que es una especie de nodriza suya, o su ama seca, o su cocinera, lavandera, zurcidora y planchadora.
- SIMPLE: Bien, señor.
- EVANS: No, mejor es esto todavía. Entrégale esta carta, porque es mujer que tiene ascendiente con la señorita Ana Page, y la carta es para pedirle que apoye las pretensiones de tu amo respecto de la señorita Ana Page. Ve, te ruego; yo voy a terminar de comer; aún faltan los pepinos y el queso. (Salen.)

## ESCENA III

Habitación en la hostería de la Jarretera.

Entran FALSTAFF, HOSTELERO, BARDOLF, NYM, PISTOL y ROBIN.

- FALSTAFF: ¡Mi hostelero de la Jarretera!
- HOSTELERO: ¿Qué dice mi fanfarrón trapisondista? Hablad fina y resueltamente.
- FALSTAFF: Con franqueza, querido hostelero, es preciso que despida a alguno de mis secuaces.
- HOSTELERO: Despídelos, fanfarrón Hércules: échalos. ¡Qué se larguen! Al trote, al trote!
- FALSTAFF: ¡Gasto diez libras por semana!
- HOSTELERO: ¡Eres un emperador, César, kaiser y zar! Me quedaré con Bardolf. El escanciará los barriles y manejará los grifos. ¿Está bien dicho, fanfarrón Héctor?
- FALSTAFF: ¡Hacedlo, mi buen hostelero!
- HOSTELERO: ¡Ya está dicho! (A BARDOLF.) Acompañame. Que veas la espuma y la cal. No tengo más que una palabra; sígueme. (Sale.)
- FALSTAFF: Ve con él, Bardolf. Es un buen oficio el de echador. Una capa vieja hace un nuevo colete, y un criado gastado, un buen echador de taberna. ¡Vete, adiós!
- BARDOLF: Esta es la vida que estaba yo deseando. Prosperaré.
- PISTOL: ¡Oh, miserable húngaro vil! ¿Quieres manejar espitas? (Sale Bardolf.)
- NYM: ¡Fue engendrado en la embriaguez! ¿No es natural su "humor"?
- FALSTAFF: Me alegro de haberme quitado de encima esa caja de yesca. Robaba con demasiado descaro. Sus raterías semejabán un cantor desafinado. No guardaba tiempo ni compás.
- NYM: El talento consiste en robar en un silencio de mínima.
- PISTOL: "Trasmisión" llaman a eso las gentes sensatas. "¡Robo!" ¡Puaf! ¡Una higa con la frase!
- FALSTAFF: ¡Bien, señores! Estoy casi en las últimas; se me ven los talones.
- PISTOL: Pues, entonces, a ellos seguirán los sabañones.
- FALSTAFF: Y no hay remedio; tengo que despabilarme, tengo que recurrir a algo.
- PISTOL: Los cuervos jóvenes necesitan alimento.
- FALSTAFF: ¿Quién de vosotros conoce a Ford; un vecino de esta ciudad?
- PISTOL: Conozco al individuo; es de buena pasta.
- FALSTAFF: Mis honrados muchachos, voy a contaros lo que mido...
- PISTOL: Dos yardas o más de circunferencia.
- FALSTAFF: ¡Nada de chanzas ahora, Pistol! Verdaderamente, tengo cerca de dos yardas de redondez; pero ahora no puedo redondearme. Estoy ideando un recurso. En una palabra, me propongo enamorar a la señora de Ford. La encuentro dispuesta. Discurre, trincha y me dirige miradas tentadoras. Vislumbro la interpretación de su estilo y la más halagadora expresión de su conducta, que en buen inglés dice: "Soy de sir Juan Falstaff."

- PISTOL: La he estudiado bien y la he traducido perfectamente, a espaldas de la honestidad de Inglaterra.
- NYM: Profundo es el fondeadero. ¿Me permitís el "humor"?
- FALSTAFF: Ahora se murmura que dispone libremente de la bolsa de su esposo. Posee una legión de ángeles.
- PISTOL: Que llaman a otros tantos demonios. "A ella, muchachos", es lo que se me ocurre.
- NYM: Surge el "humor"; eso es bueno. Acompañen al "humor" los ángeles.
- FALSTAFF: He aquí una carta que le he escrito, y otra a la esposa de Page, que me mira también con buenos ojos, pues la he sorprendido examinando mi exterior con muy juiciosas ojeadas. A veces los rayos de su vista doraban mis pies, y otras, mi majestuoso vientre.
- PISTOL: Entonces podéis decir que brilló el sol sobre el estercolero.
- NYM: Te felicito por el chiste.
- FALSTAFF: ¡Oh! Recorrió mis formas exteriores con intención tan marcada, que el apetito de sus ojos parecía abrazarme como una lente puesta al sol. Aquí hay otra carta para ella; también dispone de la bolsa; es una región de Guyana, todo oro y liberalidades. Seré el explotador de ambas, y serán mis tesoreras. Las tendré como a mis Indias Orientales y Occidentales y comerciaré con ellas. Ve a llevar tú esa carta a la señora Page, y tú esta a la de Ford. ¡Prosperaremos, muchachos, prosperaremos!
- PISTO: ¿Seré sir Pándaro de Troya redivivo, y con mi espada al lado? Entonces, que Lucifer arramble con todo!
- NYM: ¡No quiero correr "humor" tan bajo! ¡Tomad, aquí está la carta bromista!... ¡Guardaré irreprochable conducta!...
- FALSTAFF: (A ROBIN) ¡Aquí, pícaro! Lleva tú estas cartas prestamente. ¡Sal como bajel mío hacia esas doradas costas! ¡Y vosotros, sinverguenzas, salir de aquí! ¡Disolveos como la piedra granizo! ¡Fuera! ¡Dad traspies, surcad el suelo con los talones, buscad guarida, haced el petate! ¡Falsataff quiere acomodarse al espíritu de la época, medrar a la francesa, bribones! ¡Me basto yo solo y mi paje galoneado! (Salen FALSTAFF y ROBIN.)
- PISTOL: ¡Qué los buitres te roan las entrañas! Porque dados cargados y dados fulleros, y altos y bajos, embaucan al rico y al pobre. ¡Yo tendré llenos de tostones los bolsillos, en tanto tú carecerás de todo, vil turco de Frigia!
- NYM: ¡Siento latidos en la cabeza, que son los "humores" de la venganza!
- PISTOL: ¿Quieres vengarte?
- NYM: ¡Por el cielo... y su estrella!
- PISTOL: ¿Con la astucia o con el acero?
- NYM: ¡Con ambos "humores", sí! Voy a revelar al señor Page el secreto, el "humor" de ese amor.
- PISTOL: Y yo a contar igualmente a Ford cómo Falstaff, ese indigno lacayo, intenta seducir a su paloma, robarle su oro y deshonorar su tálamo.
- NYM: No dejaré que se entibie mi encono. Excitará a Page a servirse del veneno.. Quedará amarillo a puros celos, porque mi sublevación es peligrosa; he aquí mi único placer.
- PISTOL: ¡Eres el Marte de los descontentos! ¡Te asombro! ¡En marcha! (Salen.)

ESCENA IV

Aposento en la casa del Doctor Caius

Entran MISTRES QUICKLY y SIMPLE

QUICKLY: ¡Eh, Juan Rugby!

Entra RUGBY

Ve, por favor, a la ventana y mira si viene mi amo el doctor Caius. A fe que si lo hiciera y hallase a alguien en la casa, habría un escándalo capaz de hacer perder la paciencia a Dios y de olvidar el inglés al rey.

- QUICKLY: Anda, y te juro que esta noche temprano tendremos un posset al último resplandor del carbón de piedra. (Sale RUGNY.) Un mozo honrado, servicial y amable, como el mejor sirviente que piso casa alguna. Y os garantizo que no es chismoso ni pendenciero. Su única falta consiste en ser dado a los rezos. En lo cual es con frecuencia reprehensible; solo que no hay quien no tenga su falta; así que no insistamos en ello. ¿Decís que vuestro nombre es Pedro Simple?
- SIMPLE: Sí, a falta de otro mejor.
- QUICKLY: ¿Y que el señor Slender es vuestro amo?
- SIMPLE: Sí, en efecto.
- QUICKLY: ¿No lleva una gran barba, redonda como la cuchilla de un guantero?
- SIMPLE: No, ciertamente; apenas tiene sino una carilla escuálida, con un poquito de barba amarillenta, una barba color de Caín.
- QUICKLY: Un hombre de carácter apacible, ¿no es eso?
- SIMPLE: Sí, justamente; pero un hombre tan apto para hacer valer sus manos como el más atrevido. Una vez se batió con un guardabosque.
- QUICKLY: ¿Cómo decís?... ¡Oh!..., creo recordarle. ¿No lleva erguida la cabeza, como si dijéramos y se pavonea al caminar?
- SIMPLE: Sí, efectivamente, tal hace.
- QUICKLY: ¡Bien; no envíe el Cielo peor partida a Ana Page! Decid al señor cura Evans que haré cuanto pueda por vuestro amo. Ana es una buena muchacha, y deseo...
- Vuelve a entrar RUGNY
- RUGBY: ¡Fuera! ¡Ay! ¡Mi amo viene!
- QUICKLY: ¡Nos van a pegar a todos! ¡Corred allí, buen joven! ¡Meteos en ese armario! (Encierra a Simple en el armario. No estará mucho tiempo. ¡Hola, Juan Rugby! ¡Juan, hola! ¡Juan, digo! ¡Anda, Juan, a saber qué hace tu amo! ¡Temo que no se encuentre bien, pues no viene a casa! (Sale Rugby. Quickly canta.)
- Y abajo, abajo, abajito
- Entra el DOCTOR CAIUS
- CAIUS: ¿Qué estáis cantando? ¡No me gustan esas expansiones! ¡Por favor, id a buscar en mi armario una boitine verte, una caja, una caja verde! ¿Oís lo que digo? Una caja verde.
- QUICKLY: Sí, por mi vida; os la traeré. (Aparte.) Me alegro de que no vaya a buscarla en persona. si hubiera encontrado a ese joven, se habría puesto loco de furor.
- CAIUS: Fe, fe, fe. fe! Ma foi, il fait fort chaud. Je m'en vais a la cour, la grande affaire.
- QUICKLY: ¿Es esta, señor?
- CAIUS: Oui; mettz-le au mon bolsillo; depechez, aprisa. ¿Dónde está ese bribón de Rugby?
- QUICKLY: ¿Eh! ¡Juan Rugby, Juan!
- Vuelve a entrar Rugby.
- RUGBY: Aquí estoy, señor.
- CAIUS: Eres un Juan Rugby y un bellaco Rugby. Anda, coge tu espadón y sígueme a la Corte pisándome los talones.
- RUGBY: Está listo, señor, aquí en el vestíbulo.
- CAIUS: ¡Por vida mía, que tardo demasiado!... ¡Necio de mí! Qu'ay j'oublié Allí hay algunos simples en mi armario que no quisiera olvidar por nada del mundo.
- QUICKLY: (Aparte.) ¡Ay de mí! ¡Va a encontrar allí al mozo y se va a poner hecho una furia!
- CAIUS: O diable! Diable! ¿Qué hay en mi armario?... ¡Villano! Larron. (Sacando afuera a Simple) ¡Rugby, mi estoque!
- QUICKLY: Buen señor, tranquilizarme?
- QUICKLY: El joven es un hombre honrado.
- CAIUS: ¿Qué hace un hombre honrado en mi armario? No comprendo que un hombre honrado haya de venir a mi armario.



- QUICKLY: Os suplico, señor, no os mostréis tan colérico. Oíd la verdad del asunto. Ha venido a verme de parte del pastor Hugo.
- CAIUS: Bien.
- SIMPLE: Sí, por mi fe, para regarle que...
- QUICKLY: ¡Silencio, por favor!
- CAIUS: ¡Silencio a vuestra lengua!... Continúad.
- SIMPLE: Para rogar a esta honrada señora, vuestra doncella, que tuviese la bondad de interceder cerca de la señorita Ana Page en favor de mi amo, que la pretende.
- QUICKLY: Eso es todo, verdaderamente, vaya. Pero en adelante no pondré los dedos en el fuego sin necesidad.,
- CAIUS: ¿Es sir Hugo quien os envía? ¡Rugby, baillez mi papel! ¡Esperad un momento! = (Escribe.)
- QUICKLY: Me alegro de que esté tan tranquilo. Si se hubiese encolerizado, le habríais oído poner el grito en el cielo y armar una gresca. No obstante, haré cuanto pueda por vuestro amo, hombre, aunque el verdadero sí y el no dependen de mi señor, el médico francés; y digo, señor, porque, como veis, estoy encargada de su casa, y yo le lavo, repaso, cepillo, limpio, hago la cocina, preparo la comida y la bebida, hago la cama, y todo eso sola...
- SIMPLE: Es mucha carga para un solo cuerpo.
- QUICKLY: ¿Lo creéis vos? Ya veis si es bastante trabajo. Y levantarse de madrugada y acostarse tarde; pero, a pesar de todo, para contároslo en secreto, y no digáis una palabra del asunto, mi amo en persona está enamorado de la señorita Ana Page; aunque, sin embargo, yo conozco el pensamiento de Ana, que no está ni por el uno ni por el otro.
- CAIUS: ¡Toma, granuja, entrega esta carta a sir Hugo! ¡Voto a tal! ¡Es un cartel de desafío! ¡Quiero cortarle el pescuezo en el parque y enseñar a ese cura sinvergüenza a no meterse en lo que no le importa! ¡Podéis marcharos; nada tenéis que hacer aquí!... ¡Voto a tal! Le voy a cortar los testículos! ¡Voto a tal! ¡No le dejaré un testículo para arrojárselo a su perro. (Sale Simple.)
- QUICKLY: ¡Ay! No intercede sino por un amigo suyo.
- CAIUS: ¡No me importa!... ¿No me habéis dicho que Ana Page será mía? ¡Voto a tal, que he de dar muerte a ese sacerdote granuja! ¡Y ya he designado a mi hostelero de la Jarretiere para medir nuestras armas! ¡Voto a tal, que ha de ser para mí solo Ana Page!
- QUICKLY: Señor, la doncella os ama y todo irá bien. Debemos cortar la murmuración. ¡Cómo! ¡No faltaba más!
- CAIUS: Rugby, ven conmigo a la Corte. Voto a Cristo, que si no alcanzo a Ana Page, te planto de patas fuera de mi puerta! ¡Sigue mis talones, Rugby! (Salen Caius y Rugby.)
- QUICKLY: ¡Lo que tenéis es una cabeza de imbécil! No, bien conozco los sentimientos de Ana. Ninguna mujer de Windsor conoce las inclinaciones de Ana como yo, ni, gracias a Dios, puede hacer más que yo por ella.
- FENTON: (Dentro.) ¿Quién está ahí dentro? ¡Eh!
- QUICKLY: ¿Quién es? Acercaos aquí, os ruego.
- Entra Fenton
- FENTON: ¿Qué hay, buena mujer? ¿Cómo te va?
- QUICKLY: Mejor de lo que puede desearme vuestra señorita.
- FENTON: ¿Qué noticias hay? ¿Cómo sigue la hermosa mistress Ana?
- QUICKLY: En verdad, señor, que es hermosa y honesta, y gentil, y os profesa amistad, dicho sea de paso, gracias al Cielo.
- FENTON: ¿Conseguiré algo? ¿Qué piensas? ¿No perderé el tiempo cortejándola?
- QUICKLY: Verdaderamente, señor, todo está en las manos del de arriba; pero no obstante, maese Fenton, puedo jurar sobre un libro que os ama. ¿No tiene vuestra señorita una verruguita encima del ojo?
- FENTON: Sí, a fe mía que la tengo. ¿Y qué?

- QUICKLY: Pues hay en ello toda una historia. ¡Qué buen humor el de Anita! Pero en la vida, protesto, comió pan doncella tan honrada. Una hora hemos estado hablando de esta verruguita. Nunca me reiría sino en compañía de esa doncella. Pero, verdaderamente, es demasiado dada a la melancolía y a la mística. Sin embargo, para vos... Bien, adelante.
- FENTON: Bueno, la veré hoy. Toma para ti este dinero. Intercede con tu influencia en favor mío. Si la ves antes que yo, encomiéndame a ella.
- QUICKLY: ¿Qué si lo haré? A fe que sí. Y diré a vuestra señoría algo más acerca de la verruguita, en la próxima entrevista que tengamos, y de otros pretendientes.
- FENTON: ¡Bien, adiós! Tengo ahora mucha prisa.
- QUICKLY: ¡Adiós a vuestra señoría!... (Sale Fenton.) Verdaderamente, es un honrado caballero; pero Ana no le ama, porque yo conozco su pensamiento tan bien como quien más... ¡Acabemos de una vez! ¿Qué se me olvida? (Sale.)

ACTO SEGUNDO

Primera Escena

Frente a la casa de Page

Entra MISTRESS PAGE, con una carta

- MISTRES PAGE: ¡Cómo! ¿He escapado a los billetes de amor en los sagrados días de mi belleza, y soy ahora objeto de ellos? Veamos. "No me preguntéis por qué os amo, pues si bien Amor toma a la Razón por su médico, no la admite nunca por consejero. Ya no sois joven, yo tampoco lo soy; motivo de más para que haya simpatía entre nosotros. Sois alegre, yo también lo soy. ¡Vaya, vaya! Pues más simpatía, entonces. A vos os gusta el Jerez, a mí también. ¿Quisierais mayores causas de simpatía? Sea bastante para tí, señora de Page (si el amor de un soldado puede bastarte), el saber que te amo. No te diré que me tengas compasión, porque la frase sería poco militar; pero sí te diré: ámame. Y firmo:

Tu propio fiel caballero  
que espera rendido y fiero  
la noche y el día entero,  
con un poder hechicero  
batirse por tí, lucero.

Juan Falstaff."

¿Qué herodes de Judea es ese? ¡Oh pícaro, pícaro mundo! ¡Un hombre minado por la edad, próximo a entrar en descomposición, y ocurrírsele hacer el joven calavera! ¿Qué liviana conducta ha descubierto en mi conversación este borracho flamenco que pueda darle la audacia de atreverseme de este modo? ¡Pues si apenas ha estado tres veces en mi compañía! ¿Qué he podido decirle? Me parece haber sido con él muy sobria de jovialidad. ¡El Cielo me perdone! ¡Cómo! He de presentar un bill al Parlamento para que decrete la represión de los hombres. ¿De qué manera me vengaría de él? Porque me vengaré, por cierto, como sus entrañas están hechas de pudding.

Entra Mistress Ford.

- M. FORD: ¡Señora Page! Creedme, a vuestra casa iba.
- M. PAGE: Y yo a la vuestra. Venís de mal talante.
- M. FORD: No lo creáis. Puedo probaros lo contrario.
- M. PAGE: A fe que tenéis mal talante, al menos a mi modo de ver.
- M. FORD: Sea; pero os repito que puedo presentar la prueba de lo contrario. ¡Oh señora Page! Tengo que pedir os un consejo.
- M. PAGE: ¿De qué se trata, mujer?
- M. FORD: ¡Ay querida! Si no me detuviese un escrúpulo estúpido, ¡qué honor podría obtener!
- M. PAGE: Dejad a un lado el escrúpulo, mujer, y recabad el honor. ¿De qué se trata? Escrúpulos a un lado. ¿Qué es ello?
- M. FORD: Podría entrar en la Orden de Caballería con solo consentir en pensar en el infierno una corta eternidad.

- M. PAGE: ¡Cómo! ¡Mientes, sir Alicia Ford! Los caballeros abundan tanto, que ya se dan con rebaja. Te aconsejo que no abduques de tu alcurnia.
- M. FORD: Estamos alumbrando al día. Leed esto, leed. Veréis en qué se fundan mis pretensiones a ser mujer de un caballero. Mientras sepa distinguir entre un hombre y otro, esta carta me hará detestar a los hombres gordos. Y, sin embargo, este hombre no juraba; enaltecía la modestia de las mujeres; la mala conducta encontraba en él un censor tan rígido y fiel a las buenas costumbres, que yo hubiera jurado a favor de la compleja consonancia entre sus sentimientos y su lenguaje. Pero no estaban más acordes entre sí que el centésimo salmo con la canción de Lan mangas verdes. ¿Qué tempestad ha echado a las riberas de Windsor esa ballena cuya barriga contiene tantos barriles de aceite? ¿Cómo vengarme de él? Se me ocurre que lo mejor sería embaucarle con esperanzas hasta que los culpables ardores de la concupiscencia se derritieran en su propia grasa. ¿Se vio nunca cosa semejante?
- M. PAGE: ¡Carta por carta, no hay más que el nombre de Page y de Ford que difieran! Para consuelo tuyo (en este extraño complot contra nuestro honor), aquí tienes la hermana gemela de tu carta. Que la tuya herede primero, porque la mía yo te aseguro que no lo hará. Estoy persuadida de que hay un millar de cartas semejantes, y quizá con los nombres propios en blanco. Estas son de la segunda edición. El las imprimirá, no hay duda, porque poco le importa lo que pongan en prensa desde el momento en que nos querría poner a nosotras dos. Preferiría ser una gigante y reposar junto al monte Pelión... ¡Verdaderamente que pueden encontrarse veinte tórtolas lascivas antes que un hombre casto!
- M. FORD: Pues las dos cartas son enteramente iguales: las mismas palabras, la misma escritura. ¿Qué habrá pensado de nosotras?
- M. PAGE: En verdad, no sé. Casi estoy tentada de disputar con mi propia honradez. Me tendré a mí misma como a una cualquiera que desconociese, porque seguramente que habrá descubierto en mí algo digno de represión que yo misma ignoro, pues a no ser así no se habría arriesgado a tan rudo abordaje.
- M. FORD: ¿Abordaje decís? Yo os respondo que le impediré subir a mi puente.
- M. PAGE: Y yo también. Si arriba a mis escotillas, juro que me haré a la vela. Venguémonos de él; démosle una cita, finjamos acoger sus proposiciones y estimulemos hábilmente su amor, prolongando la prueba hasta que haya empeñado sus caballos en casa del hostelero de la Jarretera.
- M. FORD: Bueno; consiento en cualquier bellaquería contra él con tal que no se empañe el lustre de nuestra honestidad. ¡Oh, si mi marido viese esta carta! ¡Sería para sus celos un eterno alimento!
- M. PAGE: Pues mírale ahí que llega, y también mi excelente marido, Está tan lejos de ser celoso, como yo de darle ocasión, y esto creo que es una distancia incommensurable.
- M. FORD: Sois la más dichosa de las mujeres.
- M. PAGE: Vamos a ponernos ambas de acuerdo contra ese caballero gordo. Venid por aquí. (Se retiran.)
- Entran FORD, PISTOL, PAGE y NYM
- FORD: Bueno; espero que no será sí.
- PISTOL: Espero es, en ciertos casos, un sabueso rabón. Sir Juan pretende a tu esposa.
- FORD: Pero, señor, ¡si mi esposa no es joven!
- PISTOL: El corteja a mujeres de todas clases, ricas y pobres, jóvenes y viejas; unas con otras, Ford. Le gusta la variedad. ¡Ponte en guardia, Ford!
- FORD: ¿Qué ama a mi mujer?
- PISTOL: Con un calor para quemarse. Toma tus precauciones, o te vas a encontrar como aquel sir Acteón, con corona cerval hasta en los salones. ¡Oh y qué epíteto tan odioso!
- FORD: ¿Cuál epíteto, señor?
- PISTOL: El de cornudo, señor, el de cornudo. ¡Adiós! Ten cuidado, ojo alerta, pues de noche es cuando los ladrones están en pie. Ten cuidado, antes que venga el verano y comiencen los cuclillos la cantinela... ¡En marcha, señor cabo Nym! Créele, Page; te habla con sensatez. (Sale.)

- FORD: (Aparte) Sabré contenerme. Yo aclararé esto.
- NYM: Pues esto es la verdad. (A Page.) No me gusta la mentira. El me ha herido con cierta broma. Quería encargarme que llevase a vuestra esposa aquella pícara carta; pero tengo una espada al cinto y prefiero apelar a ella en los casos de necesidad. Ama a vuestra mujer, y eso es lo corto y lo largo. Me llamo el cabo Nym; lo que digo lo sostengo. Esta es la verdad. Me llamo Nym, y Falstaff ama a vuestra esposa. ¡Adiós! No soy partidario de chanzas; al pan, pan, y al queso, queso. He añi el "humor" de la cosa. ¡Adiós! (Sale.)
- PAGE: (Aparte.) ¡El "humor" de la cosa, dice! ¡Vaya un mozo, convirtiendo el "humor" en estupidez!
- FORD: (Aparte.) Yo vigilaré a Falstaff.
- PAGE: ¡En mi vida he visto un bribón más afectado!
- ford; ¡Sí lo descubro, veremos!
- PAGE: Yo no daría fe a semejante Cataian, aunque el sacerdote de la parroquia le diese certificado de veracidad.
- FORD: Hablaba como un hombre sensato; veremos.
- PAGE: ¡Hola! ¡Marga!
- M. PAGE: ¿Dónde vais Jorge? Escuchad.
- M. FORD: ¿Qué tal, amable Frank? ¿Por qué estás melancólico?
- FORD: ¿Yo melancólico? No estoy melancólico. Id, volved a casa.
- M. FORD: A fe que tienes ahora alguna manía en la cabeza. ¿Venís, señora Page?
- M. PAGE: Soy con vos. ¿Vendréis a comer, Jorge? (A M. Ford) Mirad quién llega: la persona que nos servirá de mensajera con ese imprudente caballero.
- M. FORD: Creedme que pensaba en ella. Es precisamente lo que necesitamos.
- Entra MISTRES QUICKLY
- M. PAGE: (A M. Quickly.) ¿Venís a ver a mi hija Ana?
- M. QUICKLY: Sí, a fe, y tened la bondad de decirme cómo está la señorita Ana.
- M. PAGE: Venid a verla con nosotros; tenemos que hablar una hora con vos. (Salen M. Page, Ford y Quickly.)
- PAGE: ¿Qué hay, maese Ford?
- FORD: ¿Habéis oído lo que me ha dicho ese bribón? ¿No es eso?
- PAGE: Sí. ¿Y habéis oído vos lo que me decía el otro?
- FORD: Lo he oído. ¿Creéis que hayan dicho verdad?
- PAGE: ¡Que ahorquen a los bellacos! No creo al caballero capaz de semejante cosa. Los que le acusan de pretender a nuestras mujeres han sido entrambos despedidos de su servicio, y son unos verdaderos pillos ahora que no tienen colocación.
- FORD: ¿Estaban a su servicio?
- PAGE: ¡Pardiez!, pues claro.
- FORD: No obstante, siento cierta intranquilidad. ¿El se aloja en la posada de la Jarretera?
- PAGE: Allí vive, ¡pardiez! Si tuviese intenciones-respecto de mi mujer, la dejaría libremente con él, en la seguridad de que no llevaría otra cosa que sofiones. Lo tomo bajo mi responsabilidad.
- FORD: Yo no dudo de mi mujer; pero me contrariaría hallarlos juntos. Un hombre puede ser demasiado confiado. Prefiero que mi cabeza no azuma ninguna responsabilidad. No me convendría.
- PAGE: Ahí viene nuestro charlatán, el hostelero de la Jarretera. Para ofrecer un aire tan jovial, preciso es que tenga vino en el caletre o dinero en el bolsillo... ¡Hola, hostelero!
- Entran el HOSTELERO de la Jarretera y SHALLOW
- HOSTELERO: ¡Hola, inmenso bribón! ¡Eres un hidalgo! ¿Qué digo? Un caballero juez.
- SHALLOW: Os sigo, querido hostelero, os sigo. ¡Veinte veces buenas tardes, señor Page! ¿Queréis venir con nosotros, señor Page? Tenemos una diversión que nos espera.

- HOSTELERO: (A SHALLOW.) Dile lo que es, caballero. Díselo, gran bribón.
- SHALLOW: (A PAGE.) Señor, que va a efectuarse un duelo entre sir Hugo, el cura inglés, y Caius, el médico francés.
- FORD: (Al HOSTELERO.) Mi buen hostelero de la Jarretera, tengo que decir una palabra.
- HOSTELERO: ¿Qué dices tú, gran bribón? (FORD le lleva aparte.)
- SHALLOW: (A PAGE.) ¿Queréis venir a ver eso con nosotros? Han encargado de medir las espadas a nuestro alegre hostelero, y parece que este ha dado a cada uno una cita en sitio diferente. A lo que me han asegurado, el pastor no se anda con bromas, sino que obra con toda formalidad. Venid, ya os contaré en qué consistirá nuestra bufonada.
- HOSTELERO: (A Ford.) ¿No tienes ninguna contienda judicial con mi huésped el caballero?
- FORD: De ninguna especie, os lo afirmo; pero os daré un jarro de jerez refinado si queréis presentarme a él y decirle que me llamo Broock. Es cuestión de una broma.
- HOSTELERO: Venga esa mano, bribón. Tendrás libres las entradas y salidas. ¿Estás contento? Y tu nombre será Broock. ¿Vámonos, camaradas?
- SHALLOW: Estoy a vuestra disposición, hostelero.
- PAGE: He oído decir que el médico francés maneja muy bien la tizona.
- SHALLOW: ¡Bah, señor! En mis tiempos habría pedido yo hablar de largo. Ahora os prevaléis de vuestras distancias, pases, estocadas y qué se yo cuántas cosas más. El corazón, maese Page, el corazón, eso es lo que importa. Yo he visto un tiempo en que con mi lengua espada habría ahuyentado a cuatro mancebos de vuestra especie cual si fueran ratones.
- HOSTELERO: ¡Por aquí, muchachos, por aquí, por aquí. ¿Torcemos?
- PAGE: Os sigo. Me hubiera gustado más verlos disputar que pelear. (Salen el HOSTELERO, SHALLOW y PAGE.)
- FORD: Aunque Page es un imbécil que se fía demasiado en la fragilidad de su mujer, yo no soy tan fácil de tranquilizar. Ella se encontraba en compañía de él en casa de la señora de Page e ignoro lo que pasaría. Bien; es meñester que vea el fondo de todo esto. Bajo un nombre supuesto, sondearé a Falstaff. Si encuentro fiel a mi esposa, no habré perdido el trabajo, y en el caso contrario será un trabajo, bien empleado. (Sale.)

## ESCENA II

Un aposento en la posada de la Jarretera

Entran FALSTAFF y PISTOL

- FALSTAFF: No te prestaré ni un penique.
- PISTOL: Entonces, el mundo será para mí una ostra y lo abriré con mi espada. Os devolveré la cantidad en mercancías robadas.
- FALSTAFF: Ni un penique. Señor, os había dejado usar de mi crédito. He conseguido de mis amigos tres veces el perdón para vos y para Nym, vuestro acólito. Sin mí, se os vería hoy haciendo muecas como dos beduinos a través de la reja de una jaula. Condenado estoy al infierno por haber jurado varias veces ante caballeros amigos míos que erais buenos soldados y hombres, de valor, y cuando mistres Bridgeta perdió el mango de su abanico, atestigüe por mi honor que tú no lo tenías.
- PISTOL: : ¿No participaste del robo? ¿No recibiste quince peniques?
- FALSTAFF: Reflexiona, granuja, reflexiona. ¿Me crees hombre capaz de arriesgar gratis la salvación de mi alma? En una palabra, no te cuelgues más de mí; no quiero servirte de horca. Corre a saltar por los caminos o a cortar bolsas, o vete a tu mansión de Pick Hatch. ¡Granuja. ¡Te niegas a llevar una carta mía! ¡Te montas en tu honor, monstruo de bajeza, cuando apenas si puedo yo mismo, que te estoy hablando, guardar los límites rigurosos del mío! Yo, yo, yo mismo, dejando a un lado el temor de Dios y ocultando mi virtud detrás de las necesidades, me veo obligado a engañar y recurrir a ciertos expedient.

¡y tú, bellaco tienes la ocurrencia de ocultar con el manto de tu honor tus andrajos, tus miradas de gato montés, tus frases tabernarias y tus descaradas blasfemias! ¡Te niegas a llevar mis cartas! ¡Tú!

PISTOL: Me arrepiento. ¿Qué más quieres de un hombre?

Entra Robin

ROBIN: Señor, hay una dama que desea hablaros.

FALSTAFF: Que pase.

Entra mistres quickly

QUICKLY: Buenos días a vuestra señoría.

FALSTAFF: Buenos días, buena mujer.

QUICKLY: Dispense vuestra señoría; ese nombre no me pertenece.

FALSTAFF: Buena doncella, pues.

QUICKLY: Es más cierto. Os juro que lo soy como mi madre a la hora de mi nacimiento.

FALSTAFF: Creo vuestro juramento. ¿Qué queréis?

QUICKLY: ¿Me permitirá vuestra señoría decirle una palabra o dos?

FALSTAFF: Dos mil, bella mujer; estoy pronto a escucharos.

QUICKLY: Señor, hay aquí cierta señora llamada Ford... Si quisierais acercaros más a este lado... Yo vivo con el doctor Caius.

FALSTAFF: Continúad. Decís que la señora de Ford...

QUICKLY: Vuestra señoría dice la verdad.... Os ruego que tengáis a bien acercaros más a este lado.

FALSTAFF: Nadie os oye, os lo garantizo. Aquí no hay más que los dos de la casa, mi propia gente.

QUICKLY: ¿De veras? Dios los bendiga y los haga servidores de ella.

FALSTAFF: Me hablabais de la señora de Ford. ¿Qué teníais que decirme de ella?

QUICKLY: ¡Ah, Señor, es una excelente criatura! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso cómo sois de seductor! Bien. El Cielo os perdone y también a todos.

FALSTAFF: Decíais que la señora de Ford... Vamos, que la señora de Ford...

QUICKLY: ¡Pardiez!, he aquí la cuestión. Vos habéis causado en ella la impresión de una danza canaria. El cortesano más hermoso, cuando la Corte se halla en Windsor, no lograría ponerla en tan crítica situación. Y, sin embargo, cuando estaba la Corte, hemos tenido caballeros y lores e hidalgos con cada carruaje... era, os lo aseguro, una carretera continua de carrozas, cartas, regalos, que no acababa nunca; era un gusto sentir el almizcle que exhalaban aquellas personas al oír el crujido de los vestidos de oro y seda, y luego, ¡cuán elegante era su lenguaje!... Su conversación, toda miel y almíbar, era lo mejor y más hermoso que pudiera apetecerse. No hubo entonces mujer cuyo corazón no se rindiera. Pues bien: yo os aseguro que no consiguieron de ella una sola mirada. Y ved, para ganarme ahí, esta mañana, sin ir más lejos, me han dado veinte ángeles. Pero yo me fío de todos los ángeles del mundo cuando no son honradamente adquiridos. Podéis creerme. Nadie, ni aun el más encopetado, ha logrado poner los labios en su copa, y con todo, había entre ellos más de un conde y no pocos pensionarios del rey. Pero todo eso, os lo certifico, le es indiferente.

FALSTAFF: Pero ¿qué me envía a decir? Abreviad, os lo ruego, mi señora Mercuri

QUICKLY: Pues bien; ha recibido vuestra carta, por la cual os da mil gracias y os hace saber que su marido estará fuera de su casa entre diez y once.

FALSTAFF: ¿De diez a once?

QUICKLY: Sí, a fe, y entonces podéis ir a ver el retrato que ya sabéis, me ha dicho ella. Maese Ford, su marido, no estará. ¡Ay! La buena señora lleva con él una vida muy desgraciada; es en extremo celoso. Lleva con él, en verdad, una vida muy triste. ¡La pobrecilla!

FALSTAFF: ¡De diez a once! Buena mujer, recomendadme a su memoria; seré puntual.

- QUICKLY: Muy bien dicho, señor; pero además me han hecho otro encargo para vuestra señoría. Mistress Page también os envía las más expresivas gracias por vuestra carta, y, permitidme que os lo diga, es una mujer tan virtuosa como cortés y modesta. Os doy mi palabra de honor de que no faltaría por todo el oro del mundo a sus oraciones de mañana y noche. No hay en Windsor una mujer que pueda comparársele. Me ha encargado decir a vuestra señoría que rara vez se ausenta su marido; pero que confía que no ocurrirá siempre lo mismo. No he visto nunca una mujer más enamorada de un hombre que ella de vos. Por fuerza lleváis en vos un hechizo; sí, en verdad.
- FALSTAFF: Salvo el atractivo de mis prendas personales, te aseguro que no llevo otro hechizo.
- QUICKLY: ¡Bendito sea vuestro corazón!
- FALSTAFF: Pero decidme; ¿las señoras de Ford y de Page se han participado entre ellas el amor que por mí sienten?
- QUICKLY: ¡Buena la habrían hecho! No, señor; no son tan torpes como eso, a lo que noto. ¡Sería un lindo juego, a fe mía! La señora de Page os ruega que le mandéis a todo trance a vuestro pajecito. Su esposo está embobado con él, y, a decir verdad, el señor Page es un hombre muy honrado. No hay en Windsor mujer más feliz que la suya. Ella hace y dice lo que quiere, lo recibe todo, lo paga todo, se acuesta y se levanta cuando le acomoda y su marido no encuentra nada que replicar. Verdaderamente, ella se merece tan buen trato, porque si en Windsor hay una mujer excelente, es ella. Es preciso que le enviéis a vuestro paje.
- FALSTAFF: Se lo enviaré.
- QUICKLY: Enviádselo, pues, sin falta alguna. Y arreglaos de manera que pueda servir de intermediario. En todo caso, convenid entre los dos una clave para que el muchacho no comprenda nada. No conviene iniciar a los niños en lo que es malo. En cuanto a las personas de edad madura, ya lo sabéis; tienen discreción, como se dice, y conocen el mundo.
- FALSTAFF: Adiós. Encomiéndame al recuerdo de las dos señoras. Aquí está mi bolsillo; soy aún tu deudor. Paje, acompaña a esta señora. (Aparte) Esta noticia me transporta de alegría. (Salen Mistress Quickly y Robin.)
- PISTOL: Esa celestina es una mensajera de Cupido. Forcemos más las velas; persigamos al enemigo; descubramos vuestras baterías; al abordaje, y si ella no es mía, que el océano se lo trague todo. (Sale.)
- FALSTAFF: Pero ¿esas tenemos, viejo Falstaff? Sigue tu camino. Voy a sacar de tu vieja persona más provecho que nunca. ¿Así cautivas todavía las miradas de las mujeres? ¿Así, después de haber gastado mucho dinero, vas a sacar dinero en definitiva? Te doy las gracias, precioso cuerpo. Que digan después que eres enormemente gordo. Con tal que agrades, lo demás no importa.
- Entra Bardolf
- BARDOLF: Sir Juan, abajo hay un tal maese Broock que desearía hablaros y trabar conocimiento con vos. Os envía como presente esta botella de jerez.
- FALSTAFF: ¿Se llama Broock?
- BARDOLF: Sí, señor.
- FALSTAFF: Dile que suba. (Sale Bardolf.) Sean bien venidos los Broocks que hacen refluir semejante licor. ¡Ah, ah, señora de Ford y señora de Page! ¡Conque hemos hecho vuestra conquista! ¡Vamos, vía!
- Vuelve a entrar Bardolf, acompañado de Ford, que va disfrazado.
- FORD: Dios os guarde, caballero.
- FALSTAFF: Igualmente, señor... ¿Deseáis hablar conmigo?
- FORD: Os pido perdón por presentarme ante vos con tan poca ceremonia.
- FALSTAFF: Bien venido seáis. ¿Qué es lo que deseáis de mí? (A Bardolf.) Muchacho, déjanos. (Sale Bardolf.)
- FORD: Señor, veis en mí a un hombre que ha gastado mucho dinero. Me llamo Broock.
- FALSTAFF: Querido señor Broock, deseo trabar mayor amistad con vos.

- FORD: Tal deseo de vos, apreciable sir Juan; no para seros gravoso, porque he de deciros que me creo más que vcs en el caso de desempeñar el papel de prestamista. Esto me ha alentado apresentarme tan sin cumplidos; porque, como dicen, cuando el oro va delante, se abren todas las puertas.
- FALSTAFF: Señor, el dinero es un buen soldado que siempre marcha delante.
- FORD: Cierto. Tengo aquí un saco de dinero que me estorba. Si vos queréis ayudarme a llevarlo, sir Juan, tomad el todo o la mitad, y me habréis aliviado otro tanto.
- FALSTAFF: Ignoro, señor, cómo pudeo haberos merecido ser vuestro ayudante.
- FORD: Si queréis oírme, señor, os lo diré.
- FALSTAFF: Hablad, querido Broock; tendré mucho gusto en serviros.
- FORD: Caballero, señe breve. Me han dicho que sois un hombre ilustrado, y hace mucho tiempo que oigo hablar de vos, por más que, no obstante mi deseo, no haya encontrado nunca ocasión de trabar amistad con vos. En lo que tengo que revelaros estoy obligado a exponer a vuestros ojos mis imperfecciones; pero, buen sir Juan, si a la vez que me escucháis fijáis la vista en mis debilidades, espero que al mismo tiempo notaréis bien las vuestras. Quizás así me tengáis alguna indulgencia, sabiendo por experiencia propia cuán presto está eun hombre a cometer un pecado.
- FALSTAFF: Muy bien, señor; contunoad.
- FORD: Hay en esta ciudad una mujer cuyo marido se llama Ford.
- FALSTAFF: Bien, señor.
- FORD: Hace mucho tiempo que yo la deseo, y me ha costado ya muchas penas. He seguido todos sus pasos, he aprovechado todas las ocasiones de encontrarla, o bien de verla ocultamente; pero no solo he gastado mucho dinero en regalos, para ella, sino que además he retribuido pródigamente a varias personas para saber por mediación suya cuáles eran los regalos que más le agradaban. En suma, me he dedicado a seguirla lo mismo que el amor parece dedicado a perseguirme; es decir, en todas ocasiones. Pero, por mucho que yo merezca, ya por mis sentimientos, ya por los medios que he empleado, es lo cierto que no he recogido hasta ahora fruto alguno, a menos que la experiencia sea un tesoro. La tal experiencia la he adquirido a mucha costa y me ha valido el conocimiento de esta máxima:
- El amor huye cual sombra  
cuando el oro le persigue;  
va persiguiendo a quien le huye  
y huyendo a quien le persigue.
- FALSTAFF: ¿No habéis recibido de ella ninguna esperanza?
- FORD: No.
- FALSTAFF: ¿Habéis insistido para conseguirla?
- FORD: Nunca.
- FALSTAFF: ¿De qué índole era, pues, vuestro amor?
- FORD: Semejante a un palacio edificado en terreno ajeno; de suerte que he perdido el edificio por haberme engañado sobre el sitio de la construcción.
- FALSTAFF: ¿Con qué objeto me hacéis esta confianza?
- FORD: Cuando os lo diga os habré dicho todo lo que deseo deciros. Hay personas que pretenden que, por más severa que se muestre ella conmigo, se confía a otros, de manera que puede sospecharse de su conducta. Ahora, sir Juan voy a deciros el objeto que me ha inducido a veros. Sois hombre de educación completa, muy conocido en la sociedad. Sois de elevado linaje y de carácter imponente. Se os atribuyen unánimemente todas las prendas del guerrero, del cortesano y del hombre instruido.
- FALSTAFF: ¡Oh, señor!
- FORD: Sí, es cierto; y lo sabéis perfectamente... Ahora bien: aquí tenéis dinero; gastad, gastad, gastad más todavía, gastad todo cuanto tengo. No os pido en cambio sino el tiempo necesario para asediar galantemente la fidelidad de la señora de Ford. Poned en campaña todos los medios de galantería que podáis y obligadla a que se os rinda. Si hay alguna persona capaz de conseguirla, sois vos.



- FALSTAFF: ¿Convendría a la vehemencia de vuestra pasión que yo ganase la belleza que tanto anhelaís poseer?... Vuestro deseo me parece contraproducente.
- FORD: ¡Oh! Tened la bondad, os ruego, de comprenderme. Se afirma ella tanto en la fortaleza de su honra, que la locura de mi alma no osa declararse. Me deslumbra demasiado para que yo pueda mirarla cara a cara. Ahora, si me presentase a ella ostentando en la mano pruebas de su fragilidad, tendría precedentes y argumentos que darían confianza a mis deseos. Entonces la desalojaría de la fortaleza de su castidad y su reputación, de su fidelidad conyugal y de otros mil abrigos con los cuales se cubre con demasiado buen éxito. ¿Qué me decís, sir Juan?
- FALSTAFF: Maese Broock, por ahora me tomo la libertad de aceptar vuestro dinero. Luego me daréis la mano, y, por último, si la señora de Ford os conviene, os prometo bajo palabra de caballero que la poseeréis.
- FORD: ¡Oh excelente señor!...
- FALSTAFF: Os prometo, maese Broock, que la poseeréis.
- FORD: No economicéis el dinero, sir Juan. No economicéis, que no os faltará.
- FALSTAFF: Tampoco os faltará a vos la señora de Ford. En confianza, os diré que tengo una cita con ella. En el momento en que acababais de llegar, su confidente o entremetida acababa de dejarme. Ha de estar en su casa de diez a once; el celoso bellaco de su marido estará ausente. Venid a verme esta noche y os diré cómo han pasado las cosas.
- FORD: ¡Me siento dichoso de haberos encontrado! ¿Conocéis al señor Ford?
- FALSTAFF: ¡Qué ahorquen a ese pobre diablo de cornudo! No le conozco. Sin embargo, no tengo razón para llamarle pobre. Se dice que este celoso condescendiente tiene el otro a montones, lo que a mis ojos realza los atractivos de su mujer. Con ella tendré la llave de las arcas de ese bergante cornudo, donde haré mi agosto.
- FORD: Habría deseado que conocierais a Ford, para que así pudieseis evitar su encuentro.
- FALSTAFF: ¿A ese mercader de manteca salada? ¡Que lo ahorquen! No osaría sostener mi mirada. La vista de mi bastón le haría temblar; mi bastón, que se cerniría como un meteoro sobre los cuernos de ese cabrito. Maese Broock, me verás aplastar a ese rústico con mi superioridad, y tú te acostarás con su mujer, créeme. Ven a verme esta noche temprano. Ford es un pillo, y yo añadiré un título más a los que tiene. Quiero que dentro de poco le tengas, maese Broock, por un bribón y por un cornudo. Ven a verme esta noche. (Sale)
- FORD: ¡Qué condenado epicúreo es este! ¡Qué monstruo de libertinaje! Siento mi corazón romperse de cólera. Que me digan luego que hago mal en estar celoso. Mi mujer se ha entendido con él, se han dado cita, el trato está concluido. ¿Quién lo había de pensar? ¡Qué infierno es tener una mujer infiel! Es decir, que veré mi cama manchada, mis arcas saqueadas, mi reputación herida, y, para colmo de injurias, oiré cómo me da los nombres más abominables la boca del mismo que me ultraja. ¡Qué nombres, qué nombres! El de Amaimon no tiene nada de repugnante. Lucifer suena bien. Lo mismo que el de Barrabás. Son nombres de demonios, nombres de réprobos.. Pero ¡cornudo, y cornudo consentido! Ni el diablo tiene un nombre comparable con este. Page es un asno, un asno sin desconfianza. Tiene fe en su mujer, no siente celos. Pero mejor quisiera confiar la manteca de mi almacén a un flamenco, el queso al cura welche sir Hugo, la botella de aguardiente a un irlandés, o mi caballo castrado a que lo pasease un cuatrero, que confiar a mi mujer su propia guardia. Una mujer conspira, cavila, proyecta. Lo que en el fondo de su corazón cree que puede hacer no descansa hasta que lo ha hecho. ¡Bendigo al Cielo por haberme hecho celoso! La cita es a las once. Voy a prevenir todo esto, a sorprender a mi mujer y a vengarme de Falstaff y a reírme a expensas de Page. Vamos ahora mismo. Más vale tres horas demasiado pronto que un minuto demasiado tarde ¡Uf, uf, uf! ¡Cornudo, cornudo, cornudo! (Sale.)

ESCENA III

Un parque cerca de Windsor

Entran CAIUS y RIGBY

- CAIUS: ¡Jack Rugby!
- RUGBY: ¡Señor!
- CAIUS: ¿Qué hora es?
- RUGBY: Ha pasado ya la hora en que sir Hugo había prometido estar aquí.
- CAIUS: ¡Pardiez! Ha salvado su alma con no venir. Sin duda, está ocupado en rogar con su Biblia. ¡Voto a Cristo! ¡Quedaría tan muerto como un Cristo! Jack Rugby, si viene es hombre muerto.
- RUGBY: Es es prudente, señor. Sabe muy bien que si viniese lo mataríais.
- CAIUS: ¡Voto a Cristo! Quedaría tan muerto como un arenque salado. Jack desenvaina la espada; voy a demostrarte cómo lo mataría.
- RUGBY: ¡Ah, señor! No entiendo de esgrima.
- CAIUS: ¡Villano, desenvaina la espada!
- RUGBY: Deteneos, señor, que viene gente.
- Entran el HOSTELERO, SHALLOW, SLENDER y PAGE
- HOSTELERO: Dios te guarde, bravo doctor.
- SHALLOW: Dios os conserve, señor doctor Caius.
- PAGE: Hola, maese doctor.
- SLENDER: Os doy los buenos días, señor.
- CAIUS: UNO, dos, tres, cuatro. ¿Qué motivo os trae a todos aquí?
- HOSTELERO: Hemos venido a verte combatir, a ver tu finta, a verte dar tajos, correr aquí, saltar allá, ver tu punto, tu estocada, tu respuesta, tu distancia y tu medida. ¿Ha muerto el etíope? ¿Ha muerto mi Francisco? ¡Ah valiente! ¿Qué dice mi Esculapio, mi Galeno, mi corazón de saúco? ¿Ha muerto, inmenso Pissat, ha muerto?
- CAIUS: ¡Por Cristo! Ese Jack es el sacerdote más cobarde del mundo. Todavía no se ha dejado ver por aquí la cara.
- HOSTELERO: Eres un rey castellano, orinal mío; eres un Héctor de Grecia, camarada.
- CAIUS: Os ruego que seáis testigos de que le he aguardado aquí seis o siete, dos, tres horas, y no ha venido.
- SHALLOW: Ha obrado cuerdamente, maese doctor. El es médico de almas y vos de cuerpos. Combatiendo el uno con el otro, obrabais a contrapelo de vuestra profesión. ¿No es verdad, señor Page?
- PAGE: Maese Shallow, por muy hombre de paz que seáis ahora, en vuestros tiempos erais famoso quimerista.
- SHALLOW: ¡Vive Dios! Señor Page, no obstante ser viejo y juez de paz, no puedo ver una espada sin que mis dedos sientan quemazón. Por más que seamos magistrados, doctores y gente de iglesia, señor Page, nos queda todavía la levadura de nuestra juventud. Somos hijos de mujer, señor Page.
- PAGE: Es muy cierto, maese Shallow.
- SHALLOW: Y siempre será así, señor Page. Maese doctor Caius, vengo para llevaros a vuestra casa. Estoy encargado del orden público. Os habéis mostrado médico prudente, y sir Hugo se ha portado también como hombre de iglesia, cuerdo y paciente. Tened la bondad de seguirme, maese doctor.
- HOSTELERO: (A SHALLOW) Dispensadme, juez huésped. (A CAIUS.) Una palabra, señor Mockwater.
- CAIUS: ¿Qué decís? ¿Mocuáter?
- HOSTELERO: Mockwater, en inglés, significa valor, trapisondista.
- CAIUS: ¡Por Cristo! Entonces tengo tanto "mocuáter" como un inglés. ¡Perro miserable ese Jack de sacerdote! Le voy a cortar las orejas.
- HOSTELERO: Cuidado, fanfarrón, no vayas por lana...
- CAIUS: ¿Qué es ir por lana?
- HOSTELERO: Digo que no hagas que él te las corte a ti.

- CAIUS: ¡Por Cristo! ¡No me cortará a mí nada! ¡Por Cristo, que me dará una satisfacción!
- HOSTELERO: Yo haré todo lo posible; pero si él no se niega, que el diablo se lo lleve.
- CAIUS: Os lo agradezco.
- HOSTELERO: Espera todavía, fanfarrón. (Bajo a los otros tres.) Pero antes, vos mi convidado; vos, señor Page, y vos, caballero Slender, atravesad la ciudad e idos a Frogmores.
- PAGE: ¿No es allí donde está sir Hugo?
- HOSTELERO: Allí está. Ved de qué humor se encuentra. Yo os traeré al doctor por un atajo. ¿Os parece bien?
- SHALLOW: Allá vamos.
- PAGE, SHALLOW y SLENDER: Adiós, excelente señor doctor. (Salen, SHALLOW, PAGE, y SLENDER.)
- CAIUS: ¡Por Cristo!, he de matar a ese cura, porque habla a la señorita Ana en favor de no sé qué imbécil.,
- HOSTELERO: Mátale; pero por lo pronto haz que tu impaciencia entre en a vaina. Echa agua fría en tu cólera y sígueme a campo traviesa hasta Fregmore. Te llevaré a una quinta donde la señorita Ana ha ido para asistir a una fiesta. Allí podréis hacerle la corte. ¿Aceptas? ¿He hablado bien?
- CAIUS: ¡Por Cristo! Os lo agradezco. ¡Por Cristo, os estimo, y os enviaré a vuestra posada todos mis enfermos; condes, caballeros, lores e hidalgos!
- HOSTELERO: En agradecimiento de lo cual te prometo ayudarte en tus proyectos acerca de la señorita Ana Page. ¿He dicho bien?
- CAIUS: ¡Perfectamente! ¡Por Cristo! Muy bien dicho.
- HOSTELERO: Anda tras de mis talones, Jack. Rugby. (Salen.)

## ACTO TERCERO

## Escena Primera

Campo cerca de Frogmore

Entran SIR HUGO EVANS y SIMPLE

- EVANS: Os suplico que me digáis ahora, buen servidor de maese Slender y amigo. Simple de nombre, ¿de qué modo habéis buscado al señor Caius, que a sí mismo se da el título de doctor en Medicina.
- SIMPLE: ¡Pardiez, señor! Le busqué por el distrito, por el parque, en todas direcciones; por el antiguo camino de Windsor y por todos los restantes, menos por el de la ciudad.
- EVANS: Pues deseo que con la mayor urgencia le busquéis también por ese camino.
- SIMPLE: Lo haré, señor. (Sale.)
- EVANS: ¡Maldita sea! ¡Qué encolerizado y lleno de incertidumbre estoy! Me alegraré de que me haya engañado. ¡Estoy más melancólico!... ¡Yo le haré salir sus orinales por encima de su cabeza de manzana a la primera oportunidad! ¡Maldita sea! (Canta.)

A flor de los ríos, a cuya cascada  
cantan los pájaros madrigales  
allí tendremos nuestra alfombra de flores  
entre un millar de fragantes aromas  
a flor...

¡Desdichado de mí! ¡Siento unas ganas de llorar!... (Canta.)

Cantan los pájaros dulces madrigales.  
Cuando estaba en Babilonia...  
Y un millar de fragantes perfumes...  
A flor...

Vuelve a entrar SIMPLE

- SIMPLE: ¡Por allí viene, en esta dirección, sir Hugo!

- EVANS: Sea bien venido. (Canta.)  
A flor de los ríos, a cuya cascada...  
¡El Cielo ayude la buena causa!... ¿Qué armas trae?
- SIMPLE: Nada de armas, señor. Allí viene mi amo, el señor Shallow y otro caballero de Frogmore, por encima del cercado, en dirección a aquí.
- EVANS: Dame el manteo, te lo suplico, o, mejor, tenlo a brazo. (Lee en un libro.)  
Entran PAGE, SHALLOW y SLENDER
- SHALLOW: ¿Qué hay, señor cura? Buenos días, querido sir Hugo. Sépárese a un jugador de sus dados y de su libro a un buen estudiante, y se habrá hecho una maravilla.
- SLENDER: (Aparte.) ¡Ah, dulce Ana Page!
- PAGE: ¡Dios os guarde, buen sir Hugo!
- EVANS: ¡El nos bendiga a todos con su misericordia!
- SHALLOW: ¡Qué! ¡La espada y la palabra! ¿Estudiáis una y otra, señor cura?
- PAGE: ¡Y todavía como un joven, en jubón y calzas en día tan crudo, y reumáticos!
- EVANS: Hay razones y motivos.
- PAGE: Hemos venido a buscaros para una buena acción, señor cura.
- EVANS: Muy bien. ¿De qué se trata?
- PAGE: Ahí hay un venerable caballero que, juzgándose ofendido por cierta persona, está en gran lucha con su propia paciencia y gravedad hasta un extremo que no podéis imaginaros.
- SHALLOW: Bastante más de cuarenta años tengo de vida, y nunca he oído a un hombre de su posición, gravedad y saber tan celoso de su propia dignidad.
- EVANS: ¿Quién es?
- PAGE: Creo que le conocéis; el señor doctor Caius, el reputado médico francés.
- EVANS: ¡Ira de Dios y furia de mi pasión! ¡Preferiría que me hablarais de un plato de potaje!
- PAGE: ¿Por qué?
- EVANS: No sabe una palabra de Hipócrates y Galeno, y, además, es un sinvergüenza, el sinvergüenza más cobarde que puede concebirse.
- PAGE: (A SHALLOW.) Os garantizo que este es el hombre que se batirá con él
- SLENDER: (Aparte.) ¡Oh, dulce Ana Page!
- SHALLOW: Así parece por sus armas. Mantenedlos separados; aquí viene el doctor Caius.  
Entran el HOSTELERO, CAIUS y RUGBY.
- PAGE: No, querido padre cura; envainad vuestra espada.
- SHALLOW: Y vos también, mi buen maese doctor.
- HOSTELERO: Desarmadlos y que discutan. Que conserven ilesos una palabra al oído. ¿Por qué evitáis el encuentro con mi persona?
- EVANS: (Aparta a CAIUS.) ¡Os ruego que no hagáis que seamos el hazmerréir de los demás! Deseo la amistad de vuestra señoría, y de una u otra forma os dejaré satisfecho. (Alto.) ¡Os sacaré vuestros orinales de encima de vuestra cabeza de bellaco para que no os burléis de citas y compromisos de honor!
- CAIUS: Diablo! Jack Rugby..., mi hostelero de la Jarretiere..., ¿no le esperaré para matarle? ¿No estuve en el lugar designado?
- EVANS: Como tengo alma de cristiano, que, según sabéis, este es el sitio que se designó. ¡Apelo al juicio del hostelero de la Jarretera!
- HOSTELERO: ¡Silencio, digo, Galia y Gales, galo y galés, cura de almas y cura de cuerpos!
- CAIUS: Sí, eso está muy bien; excelente.

- HOSTELERO: ¡Basta, digo! Escuchad a vuestro hostelero de la Jarretera. ¿Soy un político? ¿Soy un hombre sutil? ¿Soy un Maquiavelo? ¿Consentiré en perder a mi doctor? No; él es quien me da pociones y lociones. ¿Me resolveré a perder a mi párroco, a mi sacerdote, a mi sir Hugo? No; él es quien me da buenos verbos y proverbios. Venga tu mano, hombre terrestre; así... Venga tu mano, hombre celest así... Chiquillos en la astucia, os he engañado a los dos. Os he conducido a diversos lugares para que no pudierais encontraros. Vuestros corazones son intrépidos, vuestras pieles están intactas, y el desenlace debe ser una libación de jerez. ¡Vamos, dejad esas armas para el prestamista! Seguidme, gentes de paz, seguid, seguid, seguid.
- SHALLOW: ¡Contad conmigo, hostelero original! ¡Seguid, gentiles caballeros, seguid!
- SLENDER: (Aparte.) ¡Oh dulce Ana Page. (Salen SHALLOW, SLENDER, PAGE y el Hostelero.)
- CAIUS: ¡Ah! Ya entiendo. ¿Nos ha hecho pasar por un par de tontos?... ¡Ah, ah!
- EVANS: ¡Esta es buena! Hemos sido su hazmerreír. Deseo que vos y yo seamos amigos y pongamos de acuerdo nuestros cerebros para vengarnos de ese despreciable, sarnoso y tahúr compañero, el hostelero de la Jarretera.
- CAIUS: ¡Por Cristo, con todo mi corazón! ¡Me prometió conducirme ante Ana Page! ¡Por Cristo, a mí también me ha engañado!
- EVANS: ¡Bien; yo le romperé la crisma! Tened la bondad de seguirme. (Salen

## Escena II

Una calle de Windsor

Entran MISTRESS PAGE y ROBIN

- M. PAGE: Vamos, sigue adelante, galancito. Tu deber es el de seguir, pero ahora tomarás la delantera. ¿Preferirías que te sirvieran de guía mis ojos, o seguir con los tuyos los talones de tu señor?
- ROBIN: ¡Caray! Mejor quisiera ir delante como un hombre que seguirle como un enano.
- M. PAGE: ¡Oh! Eres un chiquillo adulator. Veo que acabarás en cortesano.
- Entra FORD.
- FORD: Feliz encuentro, señora Page. ¿Adónde vais?
- M. PAGE: Por cierto, señor, a ver a vuestra esposa. ¿Está en casa?
- FORD: Sí, y tan ociosa, que se ahorcaría de buena gana por falta de compañía. Creo que si se murieran vuestros esposos, las dos os casaríais.
- M. PAGE: Tenedlo por seguro... con otros dos maridos.
- FORD: ¿Dónde hallasteis este bonito gallo de veleta?
- M. PAGE: No puedo decir el nombre del sujeto de quien lo adquirió mi esposo. ¿Cómo se llama tu señor, pícaro?
- ROBIN: Sir Juan Falstall.
- FORD: ¡Sir Juan Falstaff!
- M. PAGE: El mismo, el mismo. Nunca puedo retener su nombre. ¡Hay una distancia tan grande entre mi buen hombre y él! ¿De veras está vuestra esposa en casa?
- FORD: Seguro que está.
- M. PAGE: Con vuestro permiso, señor, estoy impaciente por verla. (Salen M. Page y ROBIN.)
- FORD: ¿Le queda algún cerebro a Page? ¿Tiene ojos? ¿Tiene algo así como entendimiento? Seguro que están dormidos. No le sirven para nada. ¡Pardiez! Este pajecillo llevará una carta a veinte millas tan fácilmente como un cañón hace blanco a nueve yardas. Page da rienda suelta a las inclinaciones de su mujer, le da libre impulso y facilidades. Y ahora va ella a casa de mi esposa, y el paje de Falstaff la acompaña. ¡Cualquiera oiría sonar este chaparrón en el viento! ¡Y va con ella el muchacho de Falstaff! ¡Intrigas bien

tramadas! Y nuestras rebeldes mujeres comparten juntas su condena-  
ción. Está bien; yo le sorprenderé; en seguida torturaré a mi  
esposa, arrancaré la máscara de falsa virtud de la señora Page y  
denunciaré a Page mismo como un confiado y consentido Acteón, y,  
a proceder tan violentos, todos mis vecinos aplaudirán. (Suena  
un reloj.) El reloj me avisa y mi certeza me invita a realizar un  
registro. Allí encontraré a Falstaff. Mi conducta me reportará  
más elegios que burlas, porque tan positivo como que la tierra es  
sólida es que está allí Falstaff. Iré.

Entran PAGE, SHALLOW, SLENDER, HOSTELERO, SIR HUGO  
EVANS, CAIUS y RUGBY.

- PAGE, SHALLOW etc.: ¡Bien hallado, señor Ford!
- FORD: ¡Excelente reunión, creedme! Hoy tengo buena mesa en casa, y os ruego a todos que me acompañéis.
- SHALLOW: Dispensadme, señor Ford.
- SLENDER: Y a mí también, señor. Hemos prometido comer con M. Ana, y por ningún oro del mundo faltaría a la palabra.
- SHALLOW: Estamos en negociaciones con motivo del matrimonio entre Ana Page y mi sobrino Slender, y hoy recibiremos la contestación.
- SLENDER: Creo contar con vuestro consentimiento, suegro Page.
- PAGE: Lo tenéis, maese Slender; os es completamente favorable; pero mi esposa, señor doctor, está no menos por vuestro partido.
- CAIUS: ¡Sí, por Cristo! ¡Y que la doncella me quiere! Así me lo ha repetido mi ama Quickly.
- HOSTELERO: ¿Y qué decís al joven señor Fenton? El cabriolea, baila, tiene en sus ojos el brillo de la juventud, escribe versos, habla festivamente y huele a perfume de abril y mayo. Ganará la masa de la sangre; ganará la partida.
- PAGE: No será con mi consentimiento, os lo aseguro. Es un caballero sin porvenir. Se juntan con el príncipe extravagante y con Pointz. Es de una región demasiado elevada y ha vivido mucho. No, no atará un nudo en su caudal con los dedos de mi fortuna. Si toma a mi hija, que la tome a ella sola. Mis bienes irán con mi consentimiento, y mi consentimiento no va en esa dirección.
- FORD: Ruego cordialmente que alguno de vosotros vengáis a casa a comer conmigo. A más de buena mesa, habrá gran diversión. Os haré ver un monstruo. Venid, señor doctor, y vos también, señor Page, e igualmente vos, sir Hugo.
- SHALLOW: Bueno, adiós... Quedaremos más libres para los asuntos del matrimonio en casa del señor Page. (Salen SHALLOW y SLENDER).
- CAIUS: A casa, Juan Rugby; yo volveré en seguida. (Sale RUGBY.)
- HOSTELERO: Adiós, amigos de mi corazón. Voy por mi honrado caballero Falstaff y a beber con él un trago de vino de Canarias. (Sale el HOSTELERO.)
- FORD: (Aparte.) Creo que antes beberé yo con él una pipa de vino. Yo le haré danzar. ¿Queréis venir, señores?
- TODOS: Somos con vos para ver ese monstruo. (Salen.)

Escena III

Habitación en casa de Ford.

Entran MISTRESS FORD Y MISTRESS PAGE

- M. FORD: ¡Eh, Juan! ¡Eh, Roberto!
- M. PAGE: ¡Aprisa, aprisa!... Es la canasta...
- M. FORD: Estoy segura. ¡Eh, Robin, digo!
- Entran Criados con una canasta.
- M. PAGE: Venid, venid, venid.
- M. FORD: Aquí, desgarrada.
- M. PAGE: Daé orden a vuestros criados-. No hay tiempo que perder.

- M. FORD: ¡Pardiez!, como os tengo dicho, vos, Juan, y vos, Roberto, debéis estar ahí cerca, en la cervecería; y tan pronto como os llame, venid en seguida, sin dilación ni tropiezo, y tomando en vuestros hombros esta canasta, la llevaréis a toda prisa a los lavaderos de la ciénaga de Datchet, y allí la vaciaréis en la zanja cenagosa que está junto a la orilla del Támesis.
- M. PAGE: ¿Lo habéis entendido?
- M. FORD: Ya se lo he explicado una y otra vez. No les falta ninguna instrucción. Idos y volved en el momento que os llame. (Salen los Criados.)
- M. PAGE: Aquí llega el rapazuelo Robin.
- Entra ROBIN
- M. FORD: ¿Qué hay, mosqueterillo mío? ¿Qué noticias traes?
- ROBIN: Mi amo, sir Juan, ha venido a la puerta falsa, señora Ford, y solicita vuestra compañía.
- M. PAGE: Juan Lanillas, ¿nos has sido fiel?
- ROBIN: Sí, os doy mi palabra. Mi amo ignora que estáis aquí, y me ha amenazado con una libertad perpetua si os habla del asunto, pues ha jurado que me pondrá de patas en la calle.
- M. PAGE: Eres un buen chico. Este secreto será para ti un sastre que te cortará unas calzas y un jubón nuevo. Voy a esconderme.
- M. FORD: Hacedlo. Ve a decir a tu amo que estoy sola. (Sale ROBIN.) Señora Page, acordaos de vuestro papel.
- M. PAGE: Te lo garantizo. Si no lo represento bien, silbadme. (Sale.)
- M. FORD: Pues a ello, entonces. Trataremos como se merece a esta pestilente masa húmeda, a esta inmensa calabaza acuosa. Enseñémosle a distinguir las tórtolas de los grajos.
- Entra FALSTAFF.
- FALSTAFF: ¿Por fin os tengo, joya celestial?
- ¡Bien! Ahora debiera yo morir, pues he vivido lo bastante; he aquí el término de mi ambición. ¡Oh momento dichoso!
- M. FORD: ¡Oh simpático sir Juan!
- FALSTAFF: Señora Ford, yo no sé adular; yo no sé charlar, señora Ford. Ahora es mi deseo pecaminoso. ¡Ojalá hubiera muerto vuestro marido! Ante el más encumbrado lord lo declarara: te haría mi esposa.
- M. FORD: ¡Yo mujer vuestra, sir Juan! ¡Ay! ¡Sería una desgraciada señora para vos!
- FALSTAFF: ¡Qué la Corte de Francia me presente otra igual! ¡Veo cómo tus ojos emularían al brillo del diamante! La curva armoniosa de tus cejas corresponden exactamente con el peinado al navío, el peinado velero o cualquier otro peinado a la moda de Venecia.
- M. FORD: Un sencillo pañuelo, sir Juan, es todo lo que puede venirles bien, y aun eso es mucho.
- FALSTAFF: ¡Por el Señor, te traicionas a ti misma hablando así! ¡Serías una perfecta dama de Corte, y el firme conteneo de tu pie prestaría a tu andadura, la oscilación más seductora bajo los semicírculos del guardainfante! Estoy viendo lo que serías si no te fuera adversa la Fortuna, pues la Naturaleza te ha favorecido, no puedes ocultarlo.
- M. FORD: Creedme, no hay tales cosas en mí.
- FALSTAFF: ¿Qué me ha inducido a amarte? Persuédete esto de que hay en ti algo extraordinario. Vamos, yo no puedo adular y decir que eres esto y aquello, como tantos de esos pisaverdes que se presentan como mujeres disfrazadas de hombres y huelen como las hierbas de Bucklesbury en la estación en que se extraen los simples de las plantas aromáticas. Yo no puedo; pero te amo a ti sola porque lo mereces.
- M. FORD: No me traiciones, sir, por favor. Temo que améis a la señora Page.
- FALSTAFF: Es como si dijeras que me gusta pasear por la Counter-Gate, cosa que detesto como las exhalaciones de un horno de cal.
- M. FORD: Bueno: el Cielo sabe cuánto os amo, y algún día os convenceréis.

- FALSTAFF: Conserva esa pasión, que la merezco.
- M. FORD: No, debo decíroslo: sed digno de ella, o, de lo contrario, pensaré de otro modo.
- ROBIN: (Dentro.) ¡Señora Ford! ¡Señora Ford! La señora Page está a la puerta toda agitada, sofocada y despavorida, y quiere hablar con vos inmediatamente.
- FALSTAFF: No me verá; voy a ocultarme detrás de los tapices.
- M. FORD: Hacedlo, por favor. Es una mujer muy chismosas. (Falstaff se oculta)
- Entran de nuevo MISTRES PAGE y ROBIN.
- ¿Qué ocurre? ¿Qué hay?
- M. PAGE: ¡Oh, señora de Ford! ¿Qué habéis hecho? ¿Estáis afrentada, estáis deshonrada, estáis perdida para siempre?
- M. FORD: Pero ¿qué ocurre, querida señora Page?
- M. PAGE: ¡Oh, desdichada señora Ford! ¡Teniendo por marido a un hombre honrado, darle semejante motivo de sospecha!
- M. FORD: ¿Qué motivo de sospecha?
- M. PAGE: ¡Qué motivo de sospecha! ¡Vergüenza para vos! ¡Cuánto me he equivocado respecto de vos!
- M. FORD: Pero, ¡ay!. ¿de qué se trata?
- M. PAGE: De que vuestro marido viene en este momento, mujer, con todos los alguaciles de Windsor, a sorprender a un galán que, según dice, está ahora aquí en su casa, con vuestro consentimiento, para abusar de su ausencia. ¡Estáis perdida!
- M. FORD: (Aparte.) Hablad más alto. ¡Pues yo digo que no es verdad!
- M. PAGE: ¡No permitan los cielos que lo sea, que tengáis aquí a tal hombre Pero es muy cierto que vuestro esposo viene con la mitad de Windsor tras él para buscarle aquí. Me he adelantado a ellos a fin de daros aviso. Si sois inocente, me alegro en el alma; pero si tenéis aquí a un amigo, en seguida, en seguida hacedle salir. No os atolondréis. Llamad en vuestro auxilio todas vuestras facultades, defended vuestra reputación, ó dad un adiós para siempre a vuestro buen hombre.
- M. FORD: ¿Qué hacer?... Tengo aquí un caballero, querida amiga, y temo menos mi propia vergüenza que el peligro que pueda correr. ¡Preferiría dar mil libras a que se hallara fuera de la casa!
- M. PAGE: ¡Qué vergüenza! De nada sirve el "preferiría dar" o "no preferiría dar". Vuestro esposo se hallará aquí dentro de breves instantes. Pensad en alguna solución. Ocultarlo en la casa es imposible. ¡Oh, cómo me habéis engañado! Mirad, aquí hay una canasta. Si él es de una estatura razonable, podría agazaparse en ella y vos le cubriríais con ropas sucias como para llevar al lavado, y, puesto que todavía hay tiempo, enviarle con vuestros criados a los lavaderos de la ciénaga de Datcher.
- M. FORD: Es demasiado gordo para caber ahí. ¿Qué hacer?
- FALSTAFF: (Saliendo de detrás de los tapices.) ¡Dejadme ver! ¡Dejadme ver! ¡Oh, dejadme ver! ¡Podré entrar! ¡Podré entrar! Seguid el consejo de vuestra amiga. ¡Podré entrar!
- M. PAGE: ¡Cómo! ¡Sir Juan Falstaff! ¿En esto han venido a parar vuestras cartas, caballero?
- FALSTAFF: (Aparte a M. PAGE.) ¡Es a ti a quien amo, y solo a ti! Ayúdame a escapar. Déjame encogerme aquí. Nunca podré.... (Se introduce en la canasta; lo cubren con ropa sucia.)
- M. PAGE: Ayuda a tapar a tu señor, muchacho. Llamad a vuestros criados, señora Ford... ¡Desleal caballero!
- M. FORD: ¡Eh, Juan! ¡Roberto! ¡Juan! (Salen ROBIN. Vuelven a entrar los Criados.) ¡Levantad en seguida esa canasta de ropa! ¿Dónde está el palo para pasarlo por las asas? ¡Mirad cómo os bamboleáis! Llevadlo a la lavandera de la ciénaga de Datchet. ¡Pronto! ¡Vamos!
- Entran FORD, PAGE, CAIUSyY SIR HUGO EVANS.
- FORD: Acercaos, os ruego. Si mis sospechas carecen de fundamento, burlaos entonces de mí, hacedme objeto de vuestra risa. Lo habré merecido... ¡Hola! ¿Qué lleváis ahí? ¿Adónde vais con eso?



- CRIADO: A la lavandera, señor.
- M. FORD: ¡Vaya! ¿Qué tenéis que meteros en que lleven esa acá o allá? Solo falta que os ocupéis del lavado y de apuntar la ropa.
- FORD: ¡Apuntar! Ya quisiera yo que lavándome se me quitara lo que me puede apuntar. ¡Punta! ¡Punta! ¡Sí, punta! ¡Punta!, os lo garantizo! Y de la estación también, como se verá luego. (Salen los Criados con la canasta.) Caballeros, tuve un sueño anoche. Os lo voy a contar. Aquí, aquí, aquí tenéis mis llaves. Subid a mis habitaciones, buscad, registrad, miradlo todo. Os aseguro que atraparemos al zorro. Obstruyamos primero esta salida. (Cerrando la puerta.) Así ahora, a la huronera..
- PAGE: Querido señor Ford, tranquilizaos. A vos mismo os estáis haciendo demasiada ofensa.
- FORD: ¡Es cierto lo que digo, señor Page! Adelante, caballeros. Vais a divertirlos pronto. Seguidme, señores. (Salen.)
- EVANS: ¡Rarezas fantásticas y celos!
- CAIUS: ¡Por Cristo! Esto no es la moda en Francia. En Francia nadie tiene celos.
- PAGE: No, sigámosle, señores; veamos el resultado de sus pesquisas. (Salen Page, Caius y Evans.)
- M. PAGE: ¿No hay un doble mérito en la cosa?
- M. FORD: No sé qué me deleita más, si la decepción de mi esposo o la de sir Juan.
- M. PAGE: ¿En qué angustia estaría cuando preguntó vuestro esposo qué había en la canasta!
- M. FORD: Temblando estoy que tenga necesidad de una colada; de modo que echarle al agua será para él un beneficio.
- M. PAGE: ¡A la horca con ese deshonesto sinvergüenza! Me alegraría ver en el mismo trance a todos los de su jaez.
- M. FORD: Pienso que mi marido tenía alguna sospecha particular de que Falstaff estaba aquí, porque nunca he visto estallar sus celos tan violentamente como ahora.
- M. PAGE: Voy a urdir una trama para asegurarme de ello, y le jugaremos algunas tretas más a Falstaff. Su disoluta concupiscencia difícilmente cederá a este calmante.
- M. FORD: ¿Y si le enviásemos otra vez a esa liviana buscona de mistress Quickly para ofrecerle excusas por haberle arrojado al lavadero e infundirle nuevas esperanzas que le hagan caer en otro castigo?
- M. PAGE: Hagámoslo, sí. Que venga mañana a las ocho para darle excusas.
- Vuelven a entrar FORD, PAGE, CAIUS y SIR HUGO EVANS
- FORD: ¡No puedo hallarle! ¡Tal vez el bribón se jacta de lo que no podía conseguir!
- M. PAGE: (Aparte, a Mistres Ford.) ¿Oís eso?
- M. FORD: (Aparte a Mistress Page.) ¡Sí, sí; silencio!... Tenéis lindo modo de proceder conmigo, señor Ford; ¿no es así?
- FORD: Convengo en ello.
- M. FORD: El Cielo os haga mejor que vuestros pensamientos.
- FORD: ¡Amén!
- M. PAGE: Os causáis grave ofensa, señor Ford.
- FORD: Sí, sí, debo reconocerlo.
- EVANS: ¡Sí hay alguien en la casa, en los cuartos, en los baúles y en los armarios, no me absuelva el Cielo de mis pecados en el día del Juicio final!
- CAIUS: ¡Por Cristo, yo tampoco he hablado a nadie! ¡No hay un alma!
- PAGE: ¡Uf, uf, señor Ford! ¿No os avergonzáis? ¿Qué espíritu, que demonios os sugiere esas quimeras? ¡No quisiera tener en estos asuntos vuestra vehemencia ni por todas las riquezas del castillo de Windsor!
- FORD: Mía es la culpa, señor Page; por ello la sufro.

- EVANS: Sufrís los tormentos de una mala conciencia. Vuestra esposa es una mujer tan pura como ya quisiera yo encontrarla entre cinco mil y quinientas más.
- CAIUS: ¡Voto a Cristo! ¡Veó que es una mujer honrada!
- FORD: Bien; os prometí una comida. Venid, demos un paseo por el parque. Os ruego que me perdonéis. Más tarde os diré por qué he obzado así. Vamos, mujer; vamos, señora Page, os suplico que me perdonéis; perdonadme, os lo pido de corazón.
- PAGE: Vayamos, caballeros; pero creedme que le haremos objeto de nuestra mofa. Os invito a almorzar en casa mañana temprano. Después iremos a caza de altanería. Tengo un buen halcón para la espesura. ¿Os acomoda?
- FORD: Como queráis.
- EVANS: Si hay uno, yo seré el segundo de la partida.
- CAIUS: Y si hay uno o dos, yo seré el tercero.
- EVANS: Eso es vergonzoso en vuestra boca.
- FORD: Os ruego que vengáis, señor Page.
- EVANS: Os suplico ahora que os acordéis mañana de ese piojoso bribón de hostelero.
- CAIUS: Está bien. ¡Por Caius, que lo haré con todo mi corazón!
- EVANS: ¡Piososo bribón. ¡Permitirse burlas y bromas! (Salen.)

## ESCENA IV

## Habitación en casa de PAGE

Entran FENTON, ANA PAGE y MISTRESS QUICKLY.  
MISTRESS QUICKLY permanece aparte

- FENTON: Veo que no puedo alcanzar el afecto de tu padre. Por consiguiente, no me obligues de nuevo, dulce Anita, a que me entreviste con él.
- ANA: ¡Ay! ¿Qué hacer, pues?
- FENTON: Pues ser tú, tú misma. Se opone porque considera demasiado alta mi alcurnia y presume que, comprometido por mis gastos mi caudal, solo procuro restablecerlo a la sombra de su riqueza. Además de esto, suscita otros obstáculos, mis turbulencias pasadas, mis relaciones de disipación, y sostiene que es imposible que yo te ame de otra manera sino como una propiedad.
- ANA: Puede que diga la verdad.
- FENTON: ¡No, y si miento, que el Cielo me desampare en el futuro! Confieso que la fortuna de tu padre fue el primer móvil que me impulsó a buscarte, Ana. Sin embargo, cuando te conocí, hallé que eras superior a las monedas de oro y a las sumas de cualquier otro metal y ahora no ambiciono más que la verdadera riqueza de ti misma.
- ANA: Gentil señor Fenton; insistid todavía en solicitar el afecto de mi padre; buscadlo aún, señor. Si la oportunidad y la humilde solicitud nada consiguieren, pues bien, entonces..., escuchad aquí.. (Conversan aparte.)

Entran SHALLOW y SLENDER

- SHALLOW: Interrumpid su conversación, señora Quickly. Mi pariente hablará por cuenta propia.
- SLENDER: Voy a echarle una flor o un piropo. Aunque resbale, esto solo es aventurar.
- SHALLOW: No os intimidéis.
- SLENDER: No, ella no me intimida. No tengo miedo de eso, y, sin embargo, tengo miedo.
- QUICKLY: Oíd: el señor Slender quisiera cruzar con vos una palabra.
- ANA: Soy con él. (Aparte.) Es el elegido de mi padre. ¡Oh! ¡Qué conjuro de cosas viles y feos defectos borra una renta anual de trescientas libras esterlinas!
- QUICKLY: ¿Y qué tal, querido señor Fenton? Una palabra, por favor.

- SHALLOW: ¡Ya viene! ¡A ella, sobrino! ¡Oh muchacho, qué padre has tenido!
- SLENDER: He tenido un padre, señorita Ana... Mi tío puede contaros de él muy buenas ocurrencias. Por favor, tío, contad a la señorita Ana cómo mi padre sacó un día dos gansos fuera de la jaula, querido tío.
- SHALLOW: Señorita Ana, mi sobrino os adora.
- SLENDER: Si que es verdad: como nunca fue adorada mujer alguna en el condado de Gloster.
- SHALLOW: Y os hará vivir como una princesa.
- SLENDER: Sí que lo haré, y con traje de cola larga, como corresponde a un escudero.
- SHALLOW: Y os hará una mejora de ciento cincuenta libras.
- ANA: Querido señor Shallow, dejadle a él hacer la corte.
- SHALLOW: ¡Caramba!, os doy las gracias por ello. Os agradezco este descanso. Os llama, sobrino. Os dejo juntos.
- ANA: ¿Qué tal, señor Slender?
- SLENDER: ¿Qué tal, apreciable señorita Ana?
- ANA: ¿Cuál es vuestra última voluntad?
- SLENDER: ¿Mi última voluntad? ¡Zapatete! ¡Bonita broma, verdaderamente! ¡Gracias a Dios, todavía no he hecho testamento! Aún no he enfermado gracias a Dios.
- ANA: Quiero decir, señor Slender, qué es lo que deseáis de mí.
- SLENDER: Por mi parte, bien poco o nada en verdad. Vuestro padre y mi tío han hecho proposiciones. ¡Si logro mi deseo, bien, y si no. Dios sea con todos! Ellos podrán deciros mejor que yo cómo van las cosas. Podéis preguntarlo a vuestro padre, que aquí viene. (Entra PAGE y MISTRESS PAGE.)
- PAGE: ¿Qué tal, maese, Slender?... ¡Amale, querida Ana! ¡Cómo! ¡Qué veo! ¿Qué hace aquí maese Fenton? Me agraviáis, señor, empeñándoos en frecuentar mi casa. Os he dicho, señor, que mi hija está comprometida.
- FENTON: No os alteréis, señor Page.
- MISTRESS PAGE: Querido señor Fenton, no volváis a visitar a mi niña.
- PAGE: No es partido para vos.
- FENTON: Señor, ¿tenéis la bondad de escucharme?
- PAGE: No, querido señor Fenton. Venid, maese Shallow; venid, yerno Slender. Sabiendo mi decisión, hacéis mal en insistir, señor Fenton (Salen Page, Shallow y Slender.)
- FENTON: Bondadosa señora Page; porque amo a vuestra hija con toda la lealtad de mi afecto, fuerza es que sostenga mi pretensión. Contra todo los obstáculos, repulsas y desaires, seguiré enarbolando el pabellón de mi amor y no me batiré en retirada. Concededme vuestra buena voluntad.
- ANA: ¡Buena madre, no me caséis con aquel idiota!
- M. PAGE: No es esa mi intención. Busco para ti mejor marido.
- QUICKLY: Y ese es mi amo, el señor doctor.
- ANA: ¡Ay de mí! Antes quisiera verme enterrada viva y ser apaleada en muerte con nabos.
- M. PAGE: Vamos, no te aflijas. Querido Fenton, no quiero ser ni amiga ni enemiga vuestra. Sondaré a mi hija respecto de los sentimientos que le inspiráis, y, según lo que en ella descubra, enderezaré mi parecer. Hasta entonces, adiós, señor. Es necesario que ella entre; de lo contrario, se incomodaría su padre.
- FENTON: Adiós, amable señora. Anita, adiós. (Salen M. Page y Ana.)
- QUICKLY: Todo esto es obra mía. "Pues qué -dije-, ¿vais a malograr vuestra hija dándola a un imbécil o a un médico? Conviene pensar en el señor Fenton". Esta es mi obra.
- FENTON: Te doy las gracias, y te ruego que esta noche entregues esta sortija a mi dulce Anita. Toma, por tus molestias.

QUICKLY: ¡Qué el Cielo te llene de prosperidades! (Sale Fenton.) ¡Qué buen corazón tiene! Una mujer se lanzaría entre el agua y el fuego por tan buen corazón. Y, sin embargo, yo preferiría que la señorita Ana fuese para mi amo o para el señor Slender, o en fin, para el señor Fenton. Haré lo que pueda por los tres, ya que así lo he prometido y que soy incapaz de faltar a mi palabra; pero especialmente por el señor Fenton. Bien; ahora deberé llevar otro mensaje a sir Juan de parte de mis dos señoras. ¡Qué bestia soy por tardarme tanto! (Sale.)

## Escena V

Apösento en la posada de la Jarretera

Entran Falstaff y Bardolf

FALSTAFF: ¡Bardolf, digo!...

BARDOLF: Aquí estoy, señor.

FALSTAFF: Ve a traerme una pinta de Canarias; colócate una tostada encima. (Sale Bardolf.) ¿He vivido para ver que se me lleve en una canasta y se me arroje al Támesis como un montón de desecho de carnicero? Bien; si vuelvo a sufrir fiasco semejante, he de hacer que mis sesos sirvan para comida a los perros el día de la entrada de año. Los pillastres me arrojaron al río con tan poco rendimiento como si se tratara de los cachorros cegatos de una perra que hubiese parido quince. ¡Y que por mi tamaño es fácil ver que tengo propensión a sumergirme! Si el fondo del río fuera tan profundo como el infierno, habría llegado hasta abajo. A no haber sido rocosa y poco honda la margen, de seguro me hubiera ahogado, clase de muerte que aborrezco, porque el agua hincha al hombre ¡y qué cuerpo sería el mío si me hinchara! ¡Parecería la momia de una montaña! (Vuelve a entrar Bardolf, con el vino de Canarias.)

BARDOLF: Señor, aquí está la señora Quickly, que viene a hablaros.

FALSTAFF: Trae, vaciemos un poco de jerez sobre el agua del Támesis, porque tengo el vientre tan frío, que se dijera que he tragado copos de nieve a modo de píldoras para refrescarme los riñones. Llámala.

BARDOLF: Entrad, señora.

Entra Mistress Quickly

QUICKLY: Con vuestro permiso. Solicito vuestra merced; doy los buenos días a vuestra señoría.

FALSTAFF: Llévate esos cálices y ve a prepararme un pote fino de jerez.

BARDOLF: ¿Con huevos, señor?

FALSTAFF: Sin mezcla. No quiero germen de gallina en mi brebaje. (Sale Bardolf.) ¿Qué hay?

QUICKLY: ¡Pardiez!, señor, vengo a ver a vuestra señoría de parte de Mistress Ford.

FALSTAFF: ¡Mistress Ford! Ya he tenido bastante ford. Fui arrojado en el ford, en el vado. ¡Tengo el vientre lleno de Ford!

QUICKLY: ¡Ay, qué desgracia! ¡Pobrecita! No fue culpa suya. ¡Si vierais, como ha reñido a sus criados! Equivocaron su erección.

FALSTAFF: Lo mismo que yo, por fundar mis esperanzas en una mujer atolondrada.

QUICKLY: Bien; ella lo lamenta, señor, hasta el punto de que si la vierais se os partiría el corazón. Su marido os sale esta mañana de caza de pájaros; ella os ruega una vez más que vayáis a verla entre ocho y nueve. Debo llevarle una contestación inmediata. Os dará satisfacciones, os lo garantizo.

FALSTAFF: Bueno; la visitaré. Díselo así, y que piense lo que es un hombre que considere su fragilidad, y entonces que juzgue de mi mérito.

QUICKLY: Se lo diré.

FALSTAFF: Hazlo así. ¿Entre nueve y diez has dicho?

QUICKLY: Ocho y nueve, señor.

FALSTAFF: Bien, márchate. No dejaré de verla.

QUICKLY: La paz sea con vos, señor, (Sale.)

- FALSTAFF: Me extrañaría no tener noticias de maese Broock. Me ha enviado a decir que le aguardara dentro. Me agrada bastante su dinero. ¡Oh! He aquí que viene.
- Entra Ford
- FORD: ¡Dios os guarde, señor!
- FALSTAFF: Hola, señor Broock; ¿venís a saber lo que ha pasado entre la señora Ford y yo?
- FORD: Efectivamente, sir Juan, ese es el objeto de mi visita.
- FALSTAFF: Señor Broock, no he de mentiros: estuve en su casa a la hora convenida.
- FORD: ¿Y qué tal os fue, señor?
- FALSTAFF: Muy desgraciadamente, señor Broock.
- FORD: ¿Cómo es posible, señor? ¿Había mudado ella de parecer?
- FALSTAFF: No, señor Broock; pero el descomunal cornudo de su marido, señor Broock, que vive en la continua alarma del celoso, llegó en el instante de nuestro encuentro, después de habernos abrazado, besado y hecho protestas de amor, o sea, cuando terminábamos, por decirlo así, el prólogo de nuestra comedia; y pisándole los talones, una caterva de satélites, instigados y provocados por su mala índole, los cuales, podéis creerme, registraron la casa para descubrir al amante de su mujer.
- FORD: ¡Cómo! ¿Mientras estabais vos allí?
- FALSTAFF: Mientras yo estaba allí.
- FORD: ¿Y os buscó y no pudo encontraros?
- FALSTAFF: Vais a oírlo... Como si la buena suerte lo hubiera dispuesto, llega una señora Page, da aviso de la llegada de Ford, y gracias a su estratagema y a la desesperación de la señora de Ford, me hicieron entrar en una canasta de ropa.
- FORD: ¡En una canasta de ropa!
- FALSTAFF: ¡Por Dios, en una canasta de ropa para lavar! Amontonado entre ropa sucia, camisas y enaguas, hediondas calcetas y medias servilletas grasientas; de modo, señor Broock, que jamás nariz humana sintió semejante compuesto de pestilentes olores.
- FORD: ¿Y cuánto tiempo habéis permanecido allí?
- FALSTAFF: Pues vais a oírlo, señor Broock, y cuánto he padecido por inducir a esta mujer al mal, en interés vuestro. Así acondicionado en la canasta, la señora Ford llamó a un par de criados bribones al servicio de su marido para hacerme llevar a los lavaderos de la ciénaga de Datchet. Tomáronme en hombros; encontraron al celoso bribón de su marido en la puerta, quienles preguntó una o dos veces lo que llevaban en la canasta... Me tembló el cuerpo solo de pensar que el lunático sinvergüenza hubiera practicado un registro. Pero el Destino, que ha decretado que debe morir cornudo, detuvo su mano. Bueno; el se fue a hacer su pesquisición, y yo seguí caminando en calidad de ropa sucia. Pero atended a lo que sucedió luego, señor Broock. He sufrido las torturas de tres distintas muertes; primero, un terror insoportable de ser descubierto por el apolillado carnero manso; segundo, estar enrollado como un buen bilbo en la circunferencia de un picotín, la punta con la guarnición y la cabeza con los pies; y luego ser embutido allí como para ser destilado, entre pestíferas telas que fermentaban en su propia grasa. Pensad en esto: un hombre de mi temperamento, medítadlo bien, sensible al calor como la manteca, un hombre que está continuamente sudando y derritiéndose. Milagro fue el escapar a la asfixia. Y en lo más álgido de ese baño, cuando estaba yo medio cocido en aceite, como guisado holandés, ser arrojado al Támesis, y enfriarme ardiendo de calor, en aquella agua glacial, como herradura de caballo. ¡Considerad esto, maese Broock!
- FORD: Siento gran pesadumbre, señor; de que hayáis sufrido por culpa mía todo esto. Juzgo, pues, desesperada mi pretensión. ¿No pensaréis en otra tentativa?
- FALSTAFF: Señor Broock, consentiría ser arrojado al Etna como lo he sido al Támesis, antes que dejarla de este mado. Su esposo ha salido esta mañana de caza de pájaros. He recibido de ella otro mensaje, dándome nueva cita. La hora es entre ocho y nueve, señor Broock.

- FORD: Pues ya han dado las ocho, señor.
- FALSTAFF:Ñ ¿Ya? Entonces acudo inmediatamente a la cita. Venid a verme cuando os plazca y os daré cuenta de lo que adelante. Y la conclusión será coronada por vuestro yacimiento con ella. ¡La tendréis señor Broock!... ¡Señor Broock, encornudaréis a Ford! (Sale.)
- FORD: ¡Hum! ¡Ah! ¿Es esto una visión? ¿Es esto un sueño? ¿Estoy dormido? ¡Maese Ford, despierta! ¡Despierta, maese Ford! ¡Hay un agujero en tu mejor vestido, maese Ford! ¡Esto tiene el haberse casado! ¡He aquí lo que da el tener ropas y canastas! Bien; yo haré saber a todo el mundo lo que soy. ¡Nose evadirá ahora el lascivo! ¡Está en mi casa! ¡No puede escapárseme, es imposible! ¡No puede esconderse en la bolsa de un penique ni en una pimentera? Pero, por temor de que le ayude el diablo, registraré hasta los rincones más inabordables... ¡Aunque no pueda evitar lo que soy, al menos no me resignaré mansamente a ser lo que no quisiera! No me calificarán de consentido. ¡Si tengo cuernos capaces de hacerme furioso, yo torceré el refrán a mi favor, apaleando en vez de ser apaleado! (Sale.)

## ACTO CUARTO

## Escena Primera

La calle

Entran MISTRESS PAGE, MISTRESS QUICKLY y GUILLERMO

- M. PAGE:Ñ ¿Piensa que esté ya en casa Ford?
- QUICKLY: Sin duda que se halla a estas horas, o no tardará; pero no podéis creer lo furioso que se ha puesto por haber sido arrojado al agua. La señora Ford os ruega que vayáis inmediatamente.
- MISTRESS PAGE: Seré con ella dentro de un instante. No voy a hacer más que dejar a mi niño en la escuela. Mirad por dónde viene su maestro. Es día de asueto, a lo que veo.
- Entran SIR HUGO EVANS
- ¡Hola, sir Hugo! ¿No hay escuela?
- EVANS: No; el señor Slender ha dado a los chicos permiso para jugar.
- QUICKLY: ¡Bendito sea su corazón!
- M. PAGE: Sir Hugo, mi esposo dice que mi hijo no hace ningún progreso en sus estudios. Os suplico le hagáis algunas preguntas a su alcance.
- EVANS: Ven acá, Guillermo. Alza la cabeza. Ven.
- M. PAGE: Vamos, picarillo, levanta la cabeza; responde a tu maestro, no tengas miedo.
- EVANS: Guillermo, ¿cuántos números hay en los nombres?
- GUILLERMO: Dos.
- QUICKLY: En verdad creí que había uno más, porque se dice "número impar".
- EVANS: ¡Basta de charla!... ¿Qué es bello en latín, Guillermo?
- GUILLERMO: Pulcher.
- QUICKLY: ¡Pulgas! Hay cosas más bellas que pulgas, seguramente.
- EVANS: ¡Qué mujer más necia! ¡Silencio, por favor! ¿Qué es lapis, Guillermo?
- GUILLERMO: Piedra,
- EVANS: ¿Y qué es piedra, Guillermo?
- GUILLERMO: Un guijarro.
- EVANS: No, es lapis. Te suplico lo retengas en la memoria.
- GUILLERMO: Lapis.
- EVANS: Eso es, querido Guillermo. ¿Y de dónde se toman los artículos, Guillermo?

- GUILLERMO: Los artículos provienen del pronombre, y se declinan así: Singuláriter, nominativo, hic, haec, hoc.
- EVANS: Nominativo, hig, hag, hog; fíjate, por favor, genitivo, hujus. ¿Cómo hace el caso acusativo?
- GUILLERMO: Acusativo, hinc.
- EVANS: Por favor, recuérdalo bien, niño; acusativo, hung, hang, hog.
- QUICKLY: Hang, hog es latín de tocino, os lo aseguro.
- EVANS: ¡Dejad vuestras charlatanerías, mujer. ¿Cuál es el caso vocativo, Guillermo.
- GUILLERMO: O. Vocativo, O.
- EVANS: Acuérdate, Guillermo; vocativo, caret.
- QUICKLY: ¡Y que es una buena raíz!
- EVANS: ¡Por Dios, mujer!
- M. PAGE: ¡Silencio!
- EVANS: ¿Cuál es el caso del genitivo plural, Guillermo.
- GUILLERMO: ¿El caso genitivo?
- EVANS: Sí.
- GUILLERMO: Genitive, orum, arum, orum.
- QUICKLY: ¡Caramba con el caso de la Genital! ¡Qué vergüenza! ¡Nunca la nombres, niño; sí es una puta!
- EVANS: ¡Por pudor, señora!
- QUICKLY: Es mala cosa enseñar a los niños tales palabras. ¿Enseñarles el hick y el hack, que lo aprenden solos los muchachos, y apelar al herum? ¡Es vergonzoso para vos!
- EVANS: ¿Estáis, loca, mujer. ¿No conoces los casos, números y géneros? Eres la criatura cristiana más estúpida que he visto.
- M. PAGE: ¡Haced el favor de callar!
- EVANS: Recítame ahora, Guillermo, algunas declinaciones de los pronombres.
- GUILLERMO: Pues se me han olvidado.
- EVANS: Es así: qui, quae, quod; si olvidaste ya los quis, los quaes y los quods, debes ser castigado. Ve a tus sitios y juegos, anda.
- M. PAGE: Es mejor estudiante de lo que yo creía.
- EVANS: Tiene una memoria excelente. ¡Adiós, señora Page!
- M. PAGE: ¡Adiós, querido sir Hugo! (Sale Sir Hugo.) Vuelve a casa, muchacho Vamos, nos hemos retardado mucho. (Salen.)

## Escena II

Aposento en casa de Ford.

Entran Falstaff y Mistress Ford.

- FALSTAFF: Señora Ford, vuestro pesar ha devorado mi sufrimiento. Veo que sois consecuente en vuestro amor, y os prometo que el mío no se diferenciará del vuestro en el grueso de un cabello, no solamente, señora Ford, en cuanto al amor en sí, sino también en todos los accesorios, complementos y ceremonias que le acompañan. Pero ¿estáis ahora segura de vuestro marido?
- M. FORD: Ha salido a pájaros, simpático sir Juan.
- M. PAGE: (Dentro.) ¡Hola, eh! ¡Comadre Ford! ¡Hola, eh!
- M. FORD: ¡Meteos en esa sala, sir Juan. (Sale Falstaff.)
- Entra Mistress Page;
- M. PAGE: ¡Hola, amiguita!... Quién hay en la casa, además de vos?
- M. FORD: Pues nadie más que mis criados.
- M. PAGE: ¡En serio!
- M. FORD: No, de veras-. (Aparte a ella.) Hablad más alto.

- M. PAGE: A la verdad, me alegro de que no haya aquí nadie.
- M. FORD: ¿Por qué?
- M. PAGE: Porque vuestro esposo, mujer, vuelve a sus viejas manías. Está allá abajo con mi marido, echando pestes contra todos los matrimonios habidos y por haber, maldiciendo de todas las hijas de Eva de cualquier condición, y se golpea en la frente gritando: "¡Salid fuera, salid fuera!" De manera que la locura más furiosa es mera mansedumbre, paciencia y cortesía, comparada con su destemplanza de ahora. Me alegro de que el caballero gordo no se halle aquí.
- M. FORD: ¿Qué! ¿Habla de él?
- M. PAGE: De nadie sino de él, y jura que se evadió en una canasta la pasada vez que lo buscó; asegura a mi marido que está en este momento aquí, y ha hecho que todos los que le acompañaban de caza abandonen su recreo para practicar otro registro que confirme sus sospechas. Pero me alegro de que el caballero no se encuentre aquí; ahora verá su propia locura.
- M. FORD: ¿Está cerca, señora Page?
- M. PAGE: Poco más o menos, al final de la calle; conque no tardará en llegar.
- M. FORD: ¡Estoy perdida! ¡El caballero está aquí!
- M. PAGE: ¡Pues ahora sí que estáis deshonrada, y ya se puede él dar por muerto! ¡Qué mujer sois! ¡Hacedle salir! ¡Hacedle salir! ¡Más vale un escándalo que un asesinato!
- M. FORD: ¿Por dónde podría salir? ¿Cómo le ocultaría? ¿Le pondremos otra vez en la canasta?
- Vuelve a entrar Falstaff
- FALSTAFF: ¡No, no volveré a entrar más en la canasta! ¿No puedo salir antes que él venga?
- M. PAGE: ¡Ay! Tres hermanos del señor Ford guardan la puerta, pistola en mano, para que nadie pueda salir. De otro modo, habríais podido evadiros antes de llegar él. Pero ¿qué hacéis aquí?
- FALSTAFF: ¿Qué hacer? Voy a subirme por la chimenea.
- M. FORD: ¡Tienes la costumbre de descargar allí sus escopetas cuando ve vienen de caza!
- M. PAGE: Meteos por la boca del horno.
- FALSTAFF: ¿Dónde está?
- M. FORD: Os buscaría allí, palabra. Ni armario, ni cofre, ni maleta, pozo, bóveda, ni rincón le quedarán por registrar, pues lleva nota escrita de todo y se guiará por ella. ¡No es posible ocultaros en la casa!
- FALSTAFF: ¡Saldré, pues!
- M. PAGE: ¡Sí salís tal como vais, hallaréis la muerte, sir Juan!... A no ser que salgáis disfrazado...
- M. FORD: ¿Cómo lo disfrazaríamos?
- M. PAGE: ¡Qué desgracia! No se me ocurre nada. No hay vestido de mujer bastante ancho para él. De no ser así, le pondríamos un sombrero un velo y un pañuelo, y podría espapar.
- FALSTAFF: Queridas amigas, imaginad algo. Un recurso cualquiera, antes que una catástrofe.
- M. FORD: La tía de mi doncella, la mujer gorda de Brainford, tiene arriba una bata.
- M. PAGE: Palabra que ha de servirle: es de su mismo talle. Y allí están también su sombrero de paja y su manto... Subid, sir Juan.
- M. FORD: ¡Id, simpático sir Juan! Mistress Page y yo buscaremos alguna toca para la cabeza.
- M. PAGE: ¡Aprisa, aprisa! Iremos inmediatamente a vestiros. Poneos, mientras, la bata. (Sale Falstaff.)
- M. FORD: Me alegraría de que le hallase mi marido en ese disfraz. No puedo sufrir a la vieja de Brainford. Jura que es bruja; le ha prohibido entrar en casa, y la ha amenazado con echarla a golpes.



- M. PAGE: ¡El Cielo le ponga bajo el garrote de tu marido y que el diablo quíe luego el garrote!
- M. FORD: Pero, ¿es cierto que viene mi esposo?
- M. PAGE: ¡Sí, en buen humor, está! Y habla de la canasta, que no sé cómo ha podido informarse.
- M. FORD: Ya lo averiguaremos. Voy a decir a mis criados que carguen de nuevo con la canasta, para que se encuentren con él a la puerta como la otra vez.
- M. PAGE: No, porque llegará de un momento a otro. Vamos a vestir al caballero como a la bruja de Brainford.
- M. FORD: Primero daré a mis criados las instrucciones relativas a la canasta. Subid; en seguida os llevaré la ropa. (Sale.)
- M. PAGE: ¡A la horca, deshonesto granuja! Jamás le castigaremos lo bastante.

¡Hagamos la prueba de que nosotras,  
alegres mujeres, podemos también ser honradas  
sin obrar, aunque solamente chancear y reír,  
que es refrán muy antiguo, pero verdadero:  
"Hasta el cerdo se nutre de la hez".'

(Sale.)

Vuelve a entrar MISTRESS FORD con dos CRIADOS

- M. FORD: Vamos, señores, cargaos a hombros la canasta. Vuestro amo está próximo a la puerta. Si os manda ponerla en el suelo, obedecedle. ¡Aprisa! ¡Despachad! (Sale.)
- CRIADO I: ¡Vamos, señores, levanta!
- CRIADO II: ¡Por el Cielo, que no contenga otra vez al caballero!
- CRIADO I: Esperero que no. Tanto me daría que fuera tan pesada como el plomo.

Entran Ford, Page, Shallow, Caius y Sir Hugo Evans.

- FORD: Sí; pero si la cosa es cierta, señor Page, ¿me trataréis todavía de loco? ¡Abajo la canasta, villanos! ¡Qué llame alguien a mi mujer! ¡Señor galán, salid de la canasta! ¡Oh, bribones alcahuetes! ¡Aquí hay un enredo, una cábala, un lío, una conjura contra mí! ¡Ahora saldrá el diablo a la vergüenza! ¡Hola, mujer! ¿Oís? ¡Venid aquí! ¡Veamos qué ropas inocentes lleváis al lavadero!
- PAGE: ¡Cómo! ¡Esto pasa de la raya! ¡Señor Ford, no debéis ya andar suelto! Será preciso poneros una camisa de fuerza!
- EVANS: Pero ¡este hombre está loco! ¡Este hombre está peor que un perro rabioso!
- SHALLOW: En verdad, señor Ford, esto no está bien; en verdad que no.
- FORD: Lo mismo digo yo, señor.
- Vuelve a entrar MISTRESS FORD.
- ¡Venid acá, mistress Ford! ¡La mujer honrada! ¡La esposa modelo! ¡La criatura virtuosa, que tiene a un celoso imbécil por marido! Sospecho sin motivo, señora mía, ¿no es verdad?
- M. FORD: Pongo al Cielo por testigo de que sois injusto si sospecháis de mí alguna deshonestidad.
- FORD: ¡Muy bonito! ¡Descarada! ¡Atrévete a negarlo! ¡Sal de ahí, granuja! (Saca las ropas fuera de la canasta.)
- PAGE: ¡Esto es intolerable!
- M. FORD: ¿No os da vergüenza? ¡Dejad esos trapos!
- FORD: ¡No tardaré en hallaros!
- EVANS: Esto no es razonable. ¿Vais a variar las ropas de vuestra mujer?... Dejad eso.
- FORD: ¡Volcad la canasta, digo!
- M. FORD: Pero, hombre, pero...
- FORD: Señor Page, tan cierto como soy un hombre honrado, que ayer se ha hecho salir a un individuo de mi casa metido en esa canasta. Pero ¿qué no podría estar ahí de nuevo? Tengo la certeza de que se halla en mi casa. No mienten mis informes. Mis celos son fundados. ¡Qué saquen toda la ropa!

- M. FORD: Si halláis ahí a un hombre, que muera como una pulga.
- PAGE: Aquí no hay nadie.
- SHALLOW: Por mi honor, esto no está bien, señor Ford; estáis ofendiéndoos.
- EVANS: Señor Ford, debéis rezar y no abandonaros a las quimeras de vuestro propio corazón. Esto son celos.
- FORD: Bueno, el que busco no está aquí.
- PAGE: No, ni en ninguna parte más que en vuestro cerebro. (Los Criados cargan con la canasta y desaparecen.)
- FORD: Ayudadme a registrar la casa solo por esta vez. Si no encuentro al que busco, no me tengáis compasión; que os sirva para siempre de risa de sobremesa; que podáis decir de mí: "Celoso como Ford, que registró una cáscara de nuez para hallar al amante de su esposa". Complacedme una vez más; una vez más escudriñad conmigo.
- M. FORD: ¡Hola! ¡Eh! Señora Page; bajad con la vieja, mi esposo quiere ir a la habitación.
- FORD: ¡La vieja! Pero ¿qué vieja es esa?
- M. FORD: ¿Cuál ha de ser? La tía de mi doncella, la vieja de Brainford.
- FORD: ¡Una bruja, una tercera, una alcahueta bribona! ¿No le he prohibido entrar en mi casa? Viene de recados, ¿no? ¡Somos hombres imbéciles; no sabemos lo que entraña el pretexto de decir la buenaventura! Se sirve de hechizos, oráculos, de levantar figuras y de patrañas por el estilo, que sobrepujan a nuestros alcances. ¡No entendemos nada! ¡Baja de ahí, bruja! ¡Baja, hechicera! ¡Baja, digo!
- M. FORD: ¡No querido mío, amado esposo! ¡Buenos caballeros, no permitáis que golpee a la pobre vieja!
- Entra FALSTAFF, vestido de mujer, conducido por M. PAGE.
- M. PAGE: Venid, madre Prat; venid, dadme la mano.
- FORD: ¡Yo le daré "prat"! (Golpeándola.) ¡Fuera de mi puerta! ¡Bruja, bellaca, andrajo, zorra, pandorge!... ¡Fuera! ¡Fuera!... ¡Yo te conjuraré!... ¡Yo te daré la buenaventura!... (Sale Falstaff.)
- M. PAGE: ¿No os da vergüenza?... Creo que habéis matado a la pobre mujer.
- M. FORD: No, él acabará por hacerlo. Esto le dará mucha fama.
- FORD: ¡Qué ahorquen a esa bruja!
- EVANS: Por sí o por no, pienso que la individua es realmente bruja. No me gusta que las mujeres tengan barba crecida. He advertido una gran barba bajo su velo.
- FORD: ¿Queréis acompañarme, señores? Os suplico que me sigáis. Veamos tan solo el resultado de mis celos. Si os he puesto en una pista falsa, no confiéis en mí cuando recurra otra vez a vosotros.
- PAGE: Cedamos a su capricho un poquito más todavía. ¡Vamos, caballeros! (Salen Ford, Page, Shallow, Caius y Evans.)
- M. PAGE: Creedme, lo ha zurrado lastimosamente.
- M. FORD: No; por la misa, que no; piensa que ha sido sin lástima alguna.
- M. PAGE: Haré bendecir el garrote y lo colgaré sobre un altar. Ha prestado un servicio meritorio.
- M. FORD: ¿Qué opináis? ¿Podemos nosotras, con la garantía de señoras decentes y el testimonio de una buena conciencia perseguirle y llevar más adelante nuestra venganza?
- M. PAGE: El espíritu de concupiscencia es seguro que está apagado en él. Si el demonio no lo ha comprado sin p compromiso de retroventa, juzgo que nunca volverá a tentar nuestra virtud.
- M. FORD: ¿Contaremos a nuestros maridos cómo le hemos tratado?
- M. PAGE: Sí, y con toda clase de detalles, aunque no fuera más que para limpiar de fantasmas el cerebro de vuestro esposo. Si ellos en su corazón encuentran que el pobre, deshonesto y obeso caballero merece llevar adelante el castigo, nosotras dos seremos aún las encargadas de dárselo.
- M. FORD: Os aseguro que le avergonzarán públicamente, y pienso que la burla no sería completa de no hacerle pasar esa pública humillación.

M. PAGE: Pues venid; manos a la obra. Tracemos el plan. No dejemos que las cosas se enfríen. (Salen.)

## Escena III

Aposento en la hostería de la Jarretera

Entra el HOSTELERO y BARDOLF

BARDOLF: Señor, los alemanes desearían tres de vuestros caballos. El duque en persona quiere estar mañana en la Corte y ellos saldrán a su encuentro.

HOSTELERO: ¿Qué duque será ese que viaja de incógnita? Yo no le he oído nombrar en la Corte. Dejadle hablar con esos caballeros. ¿Saben inglés?

BARDOLF: Sí, señor; les diré que vengan.

HOSTELERO: Tendrán mis caballos; pero no se los haré pagar. Los explotaré. Toda la semana ha estado mi casa a su disposición; por ellos he tenido que despedir a otros huéspedes. Que vengan. Los explotaré. Vamos. (Salen.)

## Escena IV

Entran Page, Ford, Mistress Page, Mistress Ford y Sir Hugo

EVANS: Es uno de los más discretos procederes femeniles que he visto.

PAGE: ¿Y os remitió ambas cartas al mismo tiempo?

M. PAGE: Con un cuarto de hora de diferencia.

FORD: Perdóname, mujer. En adelante haz lo que se te antoje. Antes acusaré de frialdad al sol que a ti de frívola. Tu honor es ahora para este antiguo hereje una inquebrantable fe.

PAGE: Está bien, está bien; basta ya; no seáis tan extremado en la sumisión como lo fuisteis en la ofensa. Pero prosigamos nuestro plan; dejemos una vez más a nuestras mujeres, para darnos una diversión pública, tener un encuentro en compañía de ese viejo gato donde podemos sorprenderle y hacer pública su vergüenza.

FORD: No hay mejor medio que el que ellas han indicado.

PAGE: ¿Cómo? ¿Enviándole a decir que vaya a buscarlas al parque a medianoche? ¡Quiá, quiá! ¡Jamás iría!

EVANS: Según vosotros, fue arrojado al río y se le ha apaleado soberanamente bajo los vestidos de vieja. Se me figura que estará tan aterrorizado, que no querrá venir. Considero tan castigada su carne, que se habrá curado de apetitos.

PAGE: También lo creo así.

M. FORD: Ocupaos únicamente del modo con que vais a tratarle cuando acuda, que ya arreglaremos nosotras la manera de hacerle venir.

M. PAGE: ¡Hay un antiguo consejo que refiere que Herne el cazador, que fue antaño guardabosque de Windsor, vuelve en invierno, a la hora de la medianoche, y, con la frente coronada de grandes astas de ciervo, se pasea alrededor de una encina, y allí deseca los árboles y ataca al ganado, y hace que la vaca vierta, en vez de leche, sangre, y sacude una cadena del modo más terrible y espantoso. Habéis oído hablar de ese espíritu y sabéis que los antiguos, en su credulidad supersticiosa, recibieron como una verdad, y la transmitieron a nuestros días, la leyenda de Herne el cazador.

PAGE: Vaya, aún hay personas que en lo profundo de la noche temen pasar junto a la encina de Herne. Pero ¿qué queréis decir?

M. FORD: ¡Pardiez!, pues he aquí nuestro proyecto; que citemos a Falstaff para reunirse con nosotras al pie de esa encina, disfrazado de Herne, con enormes cuernos en la cabeza.

PAGE: Bueno, admitamos que acuda a la cita. Y cuando llegue en ese disfraz, ¿qué vais a hacer do él? ¿Cuál es vuestro plan?

- M. PAGE: Eso ya lo hemos pensado y es así: mi hija, Anita Page, y mi niño, con tres o cuatro mozalbetes de su edad, estarán vestidos de enanos, de gnomos, y de hadas, de color verde y blanco, con coronas de bujía de cera en la cabeza y carracas en las manos. En seguida que Falstaff, esta y yo estemos nuevamente reunidos, saldrán ellos repentinamente de un foso, lanzando repetidamente gritos discordantes. A su vista, nosotras dos fingiremos asombro y empujaremos la fuga. Ellos, entonces, formarán círculo en torno de él, y, a usanza de hadas, pincharán al impuro caballero, preguntándole por qué en aquella hora de maravillosa expansión se atreve a penetrar en tan sagrado recinto, turbando sus misterios con su presencia profana.
- M. FORD: Y hasta que confiese la verdad, que las fingidas hadas le pinchen a fondo y le quemén con sus bujías.
- M. PAGE: Una vez confesada, nos presentaremos todos, descornaremos al espíritu, y buñándonos de él, le conduciremos a su casa de Windsor.
- FORD: Será conveniente aleccionar convenientemente a los niños, o no saldrá bien la cosa.
- EVANS: Yo enseñaré a los muchachos su cometido, y hasta me disfrazaré de mono para quemar con mi bujía al caballero.
- FORD: Será excelente. Voy a comprar los disfraces.
- M. PAGE: Mi Anita seña la reina de las hadas e irá elegantemente vestida de blanco.
- PAGE: Yo le compraré la seda necesaria... (Aparte.) Y aprovecharé ese instante para que Slender robe a Anita y se despose con ella en Eton. ¡Ea!, enviad inmediatamente el mensaje a Falstaff.
- FORD: Además, yo le visitaré de nuevo bajo el nombre de Broock. Me descubrirá todos sus proyectos. Vendrá, de seguro.
- M. PAGE: No tengáis cuidado. Id y procurarnos los adminículos y trajes para nuestras hadas.
- EVANS: Manos a la obra. He aquí una fiesta graciosa y unas muy honestas bribonadas. (Salen Page, Ford y Evans.)
- M. PAGE: Vamos, señora Ford, enviad al instante a Quickly a sir Juan y sepamos en qué disposición se encuentra. (Sale M. Ford.) Yo veré al doctor. El, y solo él, tiene mi beneplácito para casarse con Anita Page. Ese Slender, por muy terrateniente que sea, es un idiota, y mi marido le prefiere a todos. El doctor es muy acaudalado y tiene amigos poderosos en la Corte. El, y solo él, la obtendrá, aunque veinte mil más dignos vinieran a solicitarla. (Sale.)

## ESCENA V

Aposento en la posada de la Jarretera

Entran el HOSTELERO y SIMPLE

- HOSTELERO: ¿Qué es lo que quieres, sopenco? ¿Qué, estúpido? Habla, resuella y explícate; sé breve, rápido; aprisa, estalla.
- SIMPLE: ¡Pardiez!, señor, vengo a hablar con sir Juan Falsataff de parte de mi amo el señor Slender.
- HOSTELERO: Allí está en su cuarto, su casa y su castillo, su cama fija y su cama de ruedas; alrededor hay pintada la historia del Hijo Pródigo, todo fresco y reciente. Anda, golpea y llama. Te responderá como un antropófago. Llama, te digo.
- SIMPLE: Hay allí en su cuarto una mujer vieja y gorda. Esperaré, señor hasta que baje; vengo a hablar con ella, ciertamente.
- HOSTELERO: ¡Ah! ¡Una mujer gorda! El caballero puede ser robado. Le avisaré. ¡Caballero fanfarrón! ¡Fanfarrón sir Juan! ¡Habla con tus pulmones marciales! ¿Estás ahí? Es tu hostelero, tu Efesio, quien te llama.
- FALSTAFF: (Arriba.) ¡Hola, mi hostelero!

- HOSTELERO: Aquí hay un bohemio tártaro que espera a que baje tu mujer gorda. ¡Déjala descender, fanfarrón! ¡Déjala descender! ¡Mis habitaciones son honradas! ¡Quita de ahí! ¡Intimidades? Fuera! (Entra Fastaff.)
- FALSTAFF: Había, hace un instante, mi hostelero, una mujer vieja y gorda conmigo; pero ya se ha marchado.
- SIMPLE: Por favor, señor, ¿no era la adivina de Bainford?
- FALSTAFF: ¡Pardiez!, sí, era ella misma, concha de molusco. ¿Qué querías con ella?
- SIMPLE: Mi amo, el señor Slender, habiéndola visto pasar por la calle, me envía a saber de ella si un tal Nym, señor, que le ha escamoteado una cadena, la tiene o no.
- FALSTAFF: He hablado con la vieja respecto de ello.
- SIMPLE: ¿Y qué dice, señor? Os lo suplico.
- FALSTAFF: ¡Pardiez!, que el mismo individuo que ha privado al señor Slender de su cadena es quien se la robó.
- SIMPLE: Hubiera querido hablar en persona con la vieja. Tengo que decirle todavía algunas cosas más de parte de él.
- FALSTAFF: ¿Cuáles? Sepámoslas.
- HOSTELERO: ¡Sí, vamos, en seguida!
- SIMPLE: No puedo revelarlas, señor.
- HOSTELERO: ¡Revélalas, o mueres!
- SIMPLE: Vaya, señor, no son sino referentes a la señorita Ana Page: saber si mi amo tendrá la suerte de casarse con ella o no.
- FALSTAFF: Esa, esa es su suerte.
- SIMPLE: ¿Cuál, señor?
- FALSTAFF: Tenerla o no. Anda, di que así me lo ha dicho la mujer.
- SIMPLE: ¿Puedo tomarme la libertad de llevar esa contestación a mi amo?
- FALSTAFF: Sí, señor palurdo. ¿Quién se tomará más?
- SIMPLE: Doy gracias a vuestra señoría. Regocijaré a mi amo con estas nuevas. (Sale.)
- HOSTELERO: ¡Eres listo, eres listo, sir Juan! ¿Estaba aquí contigo una adivina?
- FALSTAFF: Sí, la que se fue, mi hostelero; una que me ha enseñado a tener más ingenio del que había aprendido en mi vida, y a quien no he pagado nada por ello, sino que he sido pagado por mi aprendizaje.
- Entra BARDOLF
- BARDOLF: ¡Alerta! ¡Ay, señor! ¡Ratería, nada más que ratería!
- HOSTELERO: ¿Dónde están mis caballos? ¡Infórmame bien de ellos, lacayo!
- BARDOLF: Se han ido con los rateros, porque, apenas había yo pasado de Eton, me arrojaron de uno de ellos de las ancas en un lodazal, y apretaron las espuelas y partieron veloces, como tres diablos alemanes, tres doctores Faustos.
- HOSTELERO: ¡No han ido más que a recibir al duque, canalla! No digas que han huido; los alemanes son hombres honrados.
- Entra SIR HUGO EVANS
- EVANS: ¿Dónde está mi hostelero?
- HOSTELERO: ¿Qué pasa, señor?
- EVANS: Tened cuidado con vuestros clientes. Hay un amigo mío, recién llegado de la ciudad, que me cuenta que andan por aquí tres rateros alemanes que han robado los caballos y el dinero a todos los posaderos de Readings, de Maidenhead y de Colebrook. Os aviso por la buena voluntad que os profeso. Vos sois un hombre despabilado, lleno de chistes y ocurrencias, y no sería conveniente que os desvalijaran. ¡Adiós! (Sale.)
- Entra el DOCTOR CAIUS
- CAIUS: ¿Dónde está mi hostelero de la Jarretera?
- HOSTELERO: Aquí, señor doctor, en perplejidad y terrible dilema.

- CIAUS: No sé a qué os referís; pero he oído contar que hacéis grandes preparativos para recibir a un duque de Alemania. Por mi palabra, que en la Corte no se espera la venida de ningún duque. Os lo aviso por la buena voluntad que os tengo. ¡Adiós! (Sale.)
- HOSTELERO: ¡Parte y grita, pillo! ¡Anda! ¡Ayúdame, caballero! ¡Estoy arruinado! ¡Huye, corre, parte, grita, pillo! ¡Estoy arruinado! (Salen el HOSTELERO y BARDOLF.)
- FALSTAFF: Me alegraría de que todo el mundo fuese escamoteado, como yo lo he sido, y golpeado por añadidura. Si en la Corte llegara a saberse cómo he sido transformado y cómo i mi transformación ha sido lavada y apaleada, harían derretir gota a gota mi gordura y untarían con ella las botas de los pescadores. Garantizo que me flagejarían con sus agudas sátiras hasta dejarme más mustio que una pasa seca. No he podido prosperar desde el día en que hice trampas en el juego de la primera. Bueno; si alcanza mi aliento no más que los suficiente para recitrar mis oraciones, me arrepentiré
- Entra MISTRES QUICKLY.
- ¡Hola! ¿De parte de quién venís?
- QUICKLY: De dos partes, por cierto.
- FALSTAFF: ¡Qué el diablo se lleve a la una y su mujer a la otra! Así las dos quedarían colocadas. He sufrido más a causa de ellas que lo que puede soportar la miserable fragilidad de la condición humana.
- QUICKLY: ¿Y ellas no han sufrido? Sí, os lo aseguro; especialmente una de ellas. La señora Ford, ¡pobre criatura!, está tan llena de cardenales negros y azules, que no hay modo de hallar un punto blanco en todo su cuerpo.
- FALSTAFF: ¿Qué me cuentas de negro y azul? ¡A mí me han sacado a golpes todos los colores del arco iris! Y he corrido el riesgo de que me prendieran como bruja de Brainford; pero gracias a la admirable destreza de mi ingenio en remendar acciones y movimientos de una vieja, pude sortear al bribón del alguacil, que me había puesto en el cepo, en el cepo público, por bruja.
- QUICKLY: Sir, permitidme que os hable en vuestro propio cuarto; oiréis como van las cosas, que, os lo garantizo, os dejarán contento. Aquí tenéis una carta que os dirá algo. ¡Pobres corazones! ¡Cuánto afanes para reunirse! De por fuerza una de las dos no cumple bien con el Cielo, cuando sufrís tantas contrariedades.
- FALSTAFF: Sube a mi cuarto. (Salen.)

## Escena VI

Otra habitación en la posada de la Jarretera

Entran FENTON y EL HOSTELERO

- HOSTELERO: Maese Fenton, no me habléis; mi ánimo está abatido, y quisiera abandonarlo todo.
- FENTON: Oídme, no obstante; ayudadme en mi propósito, y, a fe de caballero os daré cien libras en oro sobre el total de vuestra pérdida.
- HOSTELERO: Os diré, señor Fenton, y, en todo caso, seguiré vuestras instrucciones.
- FENTON: De vez en vez he solido hablaros del íntimo afecto que profeso a la hermosa Ana Page, que mutuamente apoya mi cariño hasta donde le permite escoger su sumisión filial. He recibido carta suya, cuyo contenido ha de maravillaros. Andan en ella tan mezclados la jovialidad y mi propio asunto, que no es posible mostrar la una sin descubrir el último. En la cosa corresponde un gran papel al obeso Falstaff. La trama de la broma está aquí con todos sus pormenores. (Mostrándole una carta.) Escuchad, mi querido hostelero: esta noche, precisamente entre las doce y una, al pie de la encina de Herne, mi encantadora Anita ha de representar a la Reina de las Hadas. El objeto es este: en tal disfraz, y mientras se celebran otras parecidas diversiones, su padre le ha mandado que se fugase con Slender, para trasladarse a Eton, donde se casarían inmediatamente. Ella ha consentido en ello. Ahora, señor, su madre que se opone con tenacidad a ese casamiento y está resuelta a favor del doctor Caius, ha convenido en que este aproveche la distracción que causarán las diversiones y se deslice con ella al deanato, en donde los aguarda un sacerdote para desposarlos acto seguido. A este plan de su madre, ella,

dócil en apariencia, ha dado igualmente su promesa al doctor. Ahora ved el final que se prepara. Su padre ha decidido que se vista de blanco, y, que, por este color, Slender, en el momento oportuno, la coja de la mano y la invite a seguirle. Su madre ha dispuesto, para mejor hacerla conocer del doctor (pues todos deberán ir enmascarados), que se presente vestida de un traje verde flotante, con largas cintas, que bajarán desde la cabeza, y cuando el doctor espíe el momento favorable, la pellizcará en la mano, en lo cual ha consentido la doncella, para evadirse con él.

HOSTELERO: ¿A quién se propone ella engañar, al padre o a la madre?

FENTON: A los dos, mi querido hostelero, para escapar conmigo. Y solo resta ahora que me procuréis el vicario que aguarde en la iglesia, entre doce y una, para que lleve a cabo la ceremonia de unión de nuestros corazones en legítimo matrimonio.

HOSTELERO: Bien, apadrino vuestro proyecto. Iré por el vicario. Trayendo a la doncella, no os faltará sacerdote.

FENTON: Por ello te quedaré obligado eternamente. Además voy a recompensarte por adelantado. (Salen.)

## ACTO QUINTO

## Escena Primera

Aposento en la posada de la Jarretera

Entran FALSTAFF y MISTRESS QUICKLY

FALSTAFF: ¡No más charla, por favor, vete! Yo acudiré. Es la tercera vez, y tengo confianza en los números impares. ¡Fuera! Vete, dicen que hay una virtud divina en los números impares, tanto por el nacimiento como por la fortuna o por la muerte. Adiós.

QUICKLY: Yo os proporcionaré una cadena y haré lo posible por conseguir un par de cuernos.

FALSTAFF: Márchate, digo, que el tiempo pasa. Levanta la cabeza y trota menudo... (Sale QUICKLY.)

Entra FORD.

¡Hola, maese Broock! Maese Broock, la cosa se cumplirá esta noche o no se cumplirá jamás. Haced por hallaros a medianoche en el parque, cerca de la encina de Herne, y os quedaréis estupefacto.

FORD: ¿No fuisteis a verla ayer, señor, como habíais dicho?

FALSTAFF: Maese Broock, fui a su casa tal como me veis, vestido de pobre vieja; ese bellaco de Ford, su marido, tiene los celos más rabiosos, señor Broock, que hayan exaltado a hombre alguno. Os lo diré todo. Me apaleó terriblemente bajo mi forma de mujer. Bajo mi forma de hombre, señor Broock, no temería ni al mismo Goliat, aun cuando no estuviese en mi mano más que la lanzadera de un tejedor. Ya sé yo que la vida no es más que una lanzadera. Estoy de prisa, señor Broock. Venid conmigo y por el camino os lo contaré todo. Desde la época en que yo desplumaba ocas vivas, hacía novillos y jugaba a la peonza, no había sabido hasta ahora lo que es ser apaleado. Seguidme, yo os enteraré de otras cosas extrañas de ese cornudo de Ford. Esta noche me vengaré de él y os entregaré a su mujer. Seguidme; se preparan singulares sucesos; seguidme, maese Broock. ¡Seguidme!... (Salen.)

## Escena II

El parque de Windsor

Entran Page, Shallow y Slender

PAGE: Venid, venid, nos ocultaremos en los fosos del castillo hasta que veamos las luces de nuestras hadas. Yerno Slender, no olvides a mi hija.

SLENDER: Sí, en verdad; ya he hablado con ella y hemos acordado una consigna para conocernos mutuamente. Yo me acercaré a la persona vestida de blanco y le gritaré: ¡Mum! Ella contestará: ¡Budget!; y por este medio nos conoceremos.

- SHALLOW: Está muy bien. Pero qué necesidad tenéis de vuestro ¡Mum! y de vuestro ¡Budget! si el vestido blanco os la hará conocer lo bastante? Han dado las diez.
- PAGE: La noche es oscura; los duendes y las apariciones se distinguirán admirablemente. El Cielo proteja nuestra diversión. Aquí nadie piensa nada malo, a no ser el diablo, al cual conoceremos por sus cuernos. Partamos. Seguidme. (Salen.)

## Escena III

## La calle Mayor de Windsor

Entran MISTRESS PAGE, MISTRESS FORD y el DOCTOR CAIUS

- M PAGE: Doctor, mi hija va de verde. Cuando sea la hora, tomadla de la mano, conducidla al deanato y acabad pronto. Id al parque antes que nosotras, porque las dos nos hemos de quedar aquí todavía.
- CAIUS: Ya sé lo que he de hacer. Adiós. (Sale Caius.)
- M. PAGE: Adiós, señor. Mi esposo no tendrá tanto regocijo con la burla de Falstaff como rabia al saber la nueva del matrimonio del doctor con mi hija. Pero no importa. Más vale sufrir una ligera reprimenda que prepararse prolongados disgustos.
- M. FORD: ¿Dónde está Ana con su cuadrilla de genios? ¿Dónde está el diablo welche sir Hugo?
- M. PAGE: Ocultos en un foso a dos pasos de distancia de la encina de Herne, con luces encendidas. En el momento que Falstaff se nos haya reunido se alzarán de repente, y la noche se alumbrará con su resplandor.
- M. FORD: Lo cual no dejará de causarle asombro.
- M. PAGE: Si no le asombran, por lo menos le ridiculizarán, y si se sorprende, aún le zumbarán más.
- M. FORD: Vamos a tratarlo de buena manera.
- M. PAGE: No es traición el hacer justicia a tales impúdicos y a su lujuria.
- M. FORD: Se acerca la hora. ¡A la encina, a la encina! (Salen.)

## Escena IV

## Parque de Windsor

Entra Sir Hugo Evans, disfrazado, con varias Hadas.

- EVANS: ¡Al trote, al trote, hadas! ¡Venid y recordad vuestro papel! Os recomiendo el ardimiento sobre todo. Seguidme al foso, y cuando os dé la señal, ebrad como os he mandado. ¡Venid, venid! ¡Al trote, al trote! (Salen.)

## Escena V

## Otra parte del bosque

Entra Falstaff, disfrazado, con varias cabezas postizas de cuernos de gamo

- FALSTAFF: ¡La campana de Windsor ha dado las doce! Se acerca el momento! ¡Séanme propicios, los dioses de ardientes deseos! Acuérdate, Júpiter, de que por tu Europa te volviste Toro. ¡El amor te dio cuernos! ¡Oh poderoso amor, que a veces haces de una bestia un hombre, y otras asimismo de un hombre una bestia! Júpiter, tú te transformaste también en cisne por amor a Leda. ¡Oh amor omnipotente cuán poco te faltó para que el dios se convirtiese en ganso! Tú, Júpiter, después de haber cometido, metamorfoseándote en fiera, un pecado bestial, perpetraste otro bajo la forma de una volátil. Piénsalo bien. Júpiter, ese fue un pecado de vuelo. Y si los dioses tienen los riñones calientes, ¿qué será de nosotros, pobres mortales? En cuanto a mí, soy un ciervo del parque de Windsor y bien puedo creer que soy el más granado del bosque. Concédeme un tiempo fresco en la época del celo, Júpiter, o acabaré por orinar toda mi grasa. ¿Quién se acerca?... Es mi cierva.



Entran Mistress Ford y Mistress Page.

- M. FORD: Sir Juan, ¿estáis ahí, ciervom mío?
- FALSTAFF: Sí, cervatilla de la cola negra. Ahora que lluevan patatas, que truene el compás de la canción de Las mangas verdes, que caiga un pedrisco de confituras de besos, que vienen eringes y venga una tempestad de tentaciones, que aquí me abrigo (La abraza.)
- M. FORD: Mistress Page ha venido conmigo, dulce corazón.
- FALSTAFF: Repartidme como un gamo enviado por presente y que cada una de vosotras tome un muslo. Me guardaré para mí los costillares; las espaldillas serán para el guarda de este distrito, y las astas las regalo a vuestros esposos. ¿No tengo acaso el aire de un hijo del bosque? ¿No hablo como Herne, el cazador? ¡Cómo! Ahora Cupido es un niño que tiene conciencia, puesto que restituye. A fe de fantasma leal, os doy la bienvenida... (Ruido dentro.)
- M. PAGE: ¡Ay! ¿Qué ruido es ese?
- M. FORD: ¡El Cielo nos perdone los pecados!
- FALSTAFF: ¿Qué podrá ser?
- M. FORD: ¡Huyamos!
- M. PAGE: ¡Huyamos! (Se alejan.)
- FALSTAFF: Pienso que el diablo no quiere que me condene, por temor de que la grasa que hay en mí prenda fuego al infierno. Solo así se comprende que sucite tantos obstáculos.
- Entran sir Hugo Evans, disfrazado de sátiro; Pistol, de fantasma; Ana Page, de Reina de las Hadas, seguida de su hermano y otros genios, con bujías de cera en la cabeza.
- ANA: Hadas negras, verdes, grises y blancas, que os movéis bajo la luz de la luna, en medio de las negruras de la noche; hijas huérfanas del inmutable Destino, haced vuestro oficio y vuestro deber. Pregonero. Hobgoblin, llamad a las hadas.
- PISTOR: Duendes, escuchad vuestros nombres. Silencio, caprichos aéreos. Grillo, ve a saltar en las chimeneas de Windsor, donde encontrarás el fuego descubierto y el atrio sin barrer. Tu pellizcarás a las criadas jóvenes y les harás ~~pedras~~ peduras tan azules como el mirto. Vuestra brillante reina odia a las sucias y a la suciedad.
- FALSTAFF: Son duendes y hadas. Quienquiera, que les hable muere al instante. Cerremos los ojos y tendámonos boca abajo. Ningún hombre puede sorprender sus juegos. (Se echa boca abajo.)
- EVANS: ¿Dónde está Bede?... Empiece la danza, y si encontráis una doncella que antes de dormir haya dicho tres veces sus oraciones, encantad en ella los órganos del sueño. Que duerma tan profundamente como un niño sin malicia. En cuanto a las pecadoras que duermen sin acordarse de sus pecados, pellizcadlas en los brazos, en los muslos, en las espaldas, en las caderas, en las pantorrillas.
- ANA: ¡A trabajar, a trabajar! Duendes, registrad el castillo de Windsor arriba y abajo. Esparcid la alegría, silfos, en cada una de las habitaciones sagradas. Que el castillo siga en pie hasta el día del Juicio final, en un estado de perfección que sea siempre digno de su poseedor, como su poseedor es digno de él. Frotad los sillones de la Orden con perfumes y flores raras. Que las sillas, los escudos y las cimbras ostenten siempre el leal blasón. Cantad, hadas de las praderas, formando en la noche un círculo igual al de la Jarretera. ¡Qué bajo la huella de vuestros pasos el musgo florezca más fresco que en otra parte! Escribid Honn soit qui mal y pense en manojos de color de esmeralda, en flores rojas, azules, blancas, como zafiros, las perlas y los ricos bordados que se ciñen más abajo de las rodillas dobladas de la arrogante caballería. Las hadas reemplacen las letras con flores. ¡Id, dispersaos! Pero hasta la una no os olvidéis de danzar, como es costumbre, en torno de la encina de Herne, el cazador.
- EVANS: Juntad mano con mano, os ruego; poneos en orden. Que veinte gusanos de luz os sirvan de linterna para guiar vuestras danzas en torno del árbol. Pero esperad; siento el olor de un hombre en la región intermedia.
- FALSTAFF: ¡Qué El Cielo me proteja contra este duende galés! ¡Va a convertirme en un pedazo de queso.

- PISTOL: Inmudo reptil, eres despreciable desde tu nacimiento.
- ANA: Toca la yema de uno de sus dedos con el fuego de prueba. Si es casto, la llama descenderá y le envolverá sin hacerle daño; si hace un movimiento, es que su carne y su corazón están corrompidos.
- PISTOL: ¡A la prueba! Venid.
- EVANS: Venid. ¿Tomará fuego esta madera? (Le quema con sus bujías.)
- FALSTAFF: ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...
- ANA: ¡Corrompido, corrompido y manchado por la lujuria! ¡Redeadle, hadas Cantad versos de menosprecio, y mientras saltáis, id pinchándole a compás.
- EVANS: Es justo. Está lleno de codicia y de iniquidad.

## CANCION

¡Verguenza del pecado monstruoso!  
 ¡Verguenza del deseo y la lujuria!  
 Fuego sangriento es solo la pasión,  
 con impuros ardores encendida.  
 que prende al pecho, cuya llama aviva  
 sin que sea posible su extinción.

Pinchadle, hadas, una por una;  
 pinchadle por su villanía;  
 pinchaedle, y quemadle, y girad en torno de él  
 hasta que se consuman las candelas, las estrellas  
 y el brillo de la luna.

(Durante la canción, las Hadas pinchan a Falstaff.  
 El Doctor Caius llega por un lado y se escapa con  
 Hada vestida de verde; Sænder, por otro lado, se  
 lleva a una vestida de blanco; luego llega  
 Fenton y se lleva a Ana Page. Las Hadas huyen  
 Falstaff se quita la cabeza de ciervo y se levanta.)

Entran Page, Ford, Mistress Page y Mistress Ford.  
 Se apoderan de Falstaff.

- PAGE: No, no huyáis. Lo que es esta vez os hemos cogido. ¿Sólo podéis hacer vuestras maldades vestido de Herne, el cazador?
- M. PAGE: Os ruego que vengáis; no llevemos más adelante la comedia. ¿Qué tal, buen sir Juan? ¿Cómo encontráis a las mujeres de Windsor? ¿Veis este objeto, marido mío? ¿No halláis que esos ornamentos sientan mejor en el bosque que en la ciudad?
- FORD: ¿Qué tal, señor mío? ¿Quién es el cornudo ahora? Maese Broock, Falstaff es un bribón y un cornudo. Aquí tenéis sus cuernos, maese Broock. De lo que pertenece a Ford no ha conseguido más que la canasta de la colada, muchos palos y veinte libras esterlinas, que será forzoso reembolsar al señor Broock. Sus caballos están embargados por insolvencia, señor Broock.
- M. FORD: Sir Juan, hemos tenido mala suerte. No hemos podido alcanzar una entrevista. No os admitiré nunca por amante; pero os consideraré siempre como un amado ciervo.
- FALSTAFF: Entreveo que se me ha hecho hacer el papel de borrico.
- FORD: Sí, y también el de buey. La prueba es evidente.
- FALSTAFF: ¿Y no son hadas lo que aquí veo? Dos o tres veces lo he dudado; pero mi conciencia culpable y la sorpresa repentina de mis ton ni son, que eran seres sobrenaturales. Ved cómo puede la inteligencia alucinarse cuando se ocupa en malas obras.
- EVANS: Sir Juan Falstaff, servid a Dios. Renunciad a los apetitos carnales. y los duendes dejarán de pellizcaros.
- FORD: Bien dicho, duende Hugo.
- EVANS: Y, por vuestra parte, renunciad también a los celos, os lo suplico.
- FORD: No desconfiéis de mi mujer hasta el día en que seáis vos capaz de hacerle la corte en inglés de buana ley.
- FALSTAFF: ¿He expuesto mis sesos als sol y dejado que se achicharren, de modo que no me quedaron los bastantes para descubrir un lazo tan grosero? ¡Cómo! ¡Un cabrón galés tomarme a mí por objeto de sus burlas. ¡Dejamme yo encasquetar un gorro de frisa welche! No me falta más que estrangularme con un pedazo de queso tierno.

- EVANS: No conviene dar "queiso" a la "manteica", y vuestra barriga es de "mainteca".
- FALSTAFF: ¡"Queiso" y "manteica"! ¿He vivido por ventura hasta hoy para verme objeto de la burla de un poltrón que pone la lengua inglesa en picadillo?. Esto es suficiente para hacer y repugnante en todo el reino a libertinos y noctámbulos.
- M. PAGE: Aun cuando hubiésemos arrojado con toda nuestra fuerza la virtud de nuestros corazones y nos hubiésemos condenado sin escrúpulo, ¿creéis, sir Juan, que habría podido el diablo en persona hacer de vos nuestras delicias?
- FORD: ¡Vaya, qué bocado! Una bala de lana.
- M. PAGE: ¡Un hombre soplado!
- PAGE: Viejo, tibio, mustio y con un vientre intolerable.
- FORD: Tan maldiciente como Satanás.
- PAGE: Y tan pobre como Job.
- FORD: Y tan malo como su mujer.
- EVANS: Entregado a las fornicaciones, a las tabernas, al canarias, al viento, al hidromiel, a los licores fuertes, jugador escandaloso y camorrista.
- FALSTAFF: Muy bien; soy vuestro tema; me lleváis ventaja. Estoy decaído. Ni siquiera me hallo en estado de contestar a esa franela welche. Hasta la ignorancia sirve de plomada contra mí. Haced de mí lo que queráis.
- FORD: ¡Pardiez! señor, vamos a llevaros a Windsor, a presencia de un tal maese Broock, a quien habéis estafado dinero ofreciéndoo a servirle de alcahuete. De todas vuestras tribulaciones, la más cruel será la de reembolsar esa suma.
- M. FORD: Vamos, esposo mío. Sírvale esto de indemnización por lo que ha sufrido. Dejadle ese dinero, y seamos todos amigos.
- FORD: Sea. Aquí está mi mano; todo lo perdono.
- PAGE: Recobra la alegría, caballero. Esta noche te convido a un posset, en casa, donde podrás reírte de mi mujer, que se ríe de ti. Le dirás que el señor Slender se ha casado con su hija.
- M. RAGE: (Aparte.) Doctores hay que lo dudan. Si es cierto que Ana Page es mi hija, también lo es que ahora es la mujer del doctor Caius.
- Entra Slender
- SLENDER: SLENDER: ¡Oh! ¡Ay, ay! ¡Padre Page!
- PAGE: ¡Hola, yerno mío! ¿Qué tal? ¿Qué hay? ¿Habéis terminado?
- SLENDER: ¿Terminado? Que me ahorquen si el hombre más entendido de Gloster puede comprender una palabra de todo esto.
- PAGE: Explicaos, h hijo.
- SLENDER: He llegado a Eton para desposarme con la señorita Ana Page, y me he encontrado, en vez de ella, con un zopenco de muchacho. A no haber estado en la iglesia, le habría pegado, o me habría pegado él a mí. Así no pueda moverme nunca de aquí como creí que era Ana Page. Y nada de eso; era mondo y lirondo un postillón.
- PAGE: ¡Por mi vida! Entonces, habéis tomado uno por otro.
- SLENDER: ¿Qué necesidad tenéis de decírmelo? Evidentemente, ya que he tomado a un mocetón por una joven. Si me hubiesen casado con él aunque va vestido de mujer, no lo habría querido por esposa.
- PAGE: Todo es consecuencia de vuestra necesidad. ¿No os he dicho que cono ceríais a mi hija por el vestido?
- SLENDER: Me he dirigido a la que iba vestida de blanco. Y le he gritado: ¡Mum!, y ella me ha contestado: ¡Budget!, conforme habíamos convenido Ana y yo. Y sin embargo, no era Ana, sino un postillón.
- EVANS: ¡Jesús, señor Slender! Sois ciego para casaros con un mancebo?
- PAGE: ¡Estoy cruelmente contrariado! ¿Qué hacer?
- M. PAGE: Bueno Jorge, no os efadeis; yo conocía vuestro proyecto. Hice vestir a mi hija de color verde, y ahora se halla en el deanato, donde los casan...

Entra el DOCTOR CAIUS

CAIUS: ¿Dónde está la señora de Page? ¡Por Cristo! ¡He sido engañado! Me he casado con un garcon, con un paysan. ¡Por Cristo! Un muchacho. No era Ana Page. ¡Por Cristo! Se me ha engañado.

M. PAGE: ¡Cómo! ¿No os habéis llevado a la persona que iba de verde?

CAIUS: ¡Sí, por Cristo; pero era un hombre! ¡Por Cristo! ¡Voy a sublevar a todo Windsor! (Sale.)

FORD: Esto sí que resulta extraño. ¿Quién es, pues, el que se ha casado con la verdadera Ana?

PAGE: Tengo un presentimiento... Aquí está maese Fenton.

Entran FENTON y ANA PAGE

¿Qué sucede, señor Fenton?

FENTON: ¡Perdón, padre mío! ¡Madre mía, perdón!

PAGE: Vamos, señorita: ¿por qué no habéis ido con el señor Slender?

M. PAGE: ¿Por qué no habéis seguido al doctor Caius, señorita?

FENTON: La ponéis en confusión. Sabed lo que ha pasado: ambos queríais casar a vuestra hija de una manera vergonzosa, sin consultar sus afectos. La verdad es que ella y yo, prometidos uno al otro desde hace mucho tiempo, tenemos ahora la certeza de que nada nos separa. Es una ofensa bendita la que ella ha cometido, y su inocente estratagemá no puede calificarse de fraude, de desobediencia o de falta de respeto, puesto que, gracias a ella, serán evitados los largos días de culpable maldición que resultan de un matrimonio forzoso.

FORD: No nos quedemos estupefactos. La cosa no tiene ya remedio. En amor, el Cielo es quien arregla los destinos. El dinero compra las tierras; pero la suerte es quien dispone de las mujeres.

FALSTAFF: Me alegro de ver que aunque todos los dardos estaban asestados contra mí, algunos han dado en el vacío.

PAGE: ¡Bien! ¿Qué remedio? Fenton, el Cielo te dé la felicidad y alegría. Es preciso resignarse a lo que no puede evitarse ya.

FALSTAFF: Cuando los perros cazan de noche, nã distinguen de ciervos.

M. PAGE: Bien; no meditemos más, maese Fenton, el Cielo os conceda muchos, muchos días de felicidad. Querido esposo, volvamos a casa, y al amor de un hermoso fuego, riamos este deporte; sir Juan, como todo el mundo.

FORD: Sea. Sir Juan, maese Broock os cumplirá su palabra, porque esta noche se acostará con mistres Ford. (Salen.)

FIN

Departamento de Drama  
Universidad de Puerto Rico  
19 de febrero de 1986

brr

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS